PATRICK MODIANO

Domingos de agosto

Niza en invierno. Llueve y los cafés están fantasmagóricamente vacíos. Esta historia que desemboca en la Costa Azul fuera de temporada se origina en las playas fluviales del Marne, donde el narrador conoce a Sylvia. Y su relato incluye unas cuantas preguntas que no siempre tienen una respuesta fácil: ¿por qué ha llegado la pareja a Niza? ¿De qué huye? ¿Qué papel desempeña en todo ello el diamante llamado la Cruz del Sur? ¿Quiénes son en realidad esa extraña pareja de estadounidenses ricos cuyo apellido es Neal? ¿En qué circunstancias murió el actor Aimos? ¿Quién es realmente Villecourt, con el que Sylvia estaba supuestamente casada cuando la conoció el narrador?

En esta novela de personajes en penumbra son también fundamentales los escenarios y la atmósfera: el viejo Hotel Majestic, el Negresco, una pensión, la ruinosa fachada del cine Forum, un restaurante sin clientes, un coche con matrícula diplomática, el descuidado jardín de una villa…

Patrick Modiano

Domingos de agosto

ePub r1.0
Café mañanero 02-05-2022

Título original: *Dimanches d'août*
Patrick Modiano, 1986
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: Café mañanero
Edición EPL, 2022
Rige bajo normativa RAE 2010
ePub base r2.1

9º ANIVERSARIO
más libros, más libres

Para Jacques Robert
Para Marc Grunebaum

Al final nuestras miradas se cruzaron. Era en Niza, al principio del bulevar de Gambetta. Estaba subido a algo así como una tarima delante de un puesto de chaquetas y abrigos de cuero y yo me había ido colando hasta la primera fila de mirones que lo oían alabar la mercancía.

Al verme se le fue al garete la labia de charlatán. Hablaba de forma más escueta, como si quisiera marcar distancias entre su auditorio y él y que yo entendiera que ese oficio que ejercía allí, a cielo abierto, era inferior a su categoría.

En siete años no había cambiado mucho: solo me parecía que tenía el cutis más encarnado. Caía la tarde y una ráfaga de viento se metió por el bulevar de Gambetta con las primeras gotas de lluvia. Junto a mí, una mujer de pelo rubio y rizado se estaba probando un abrigo. Él, desde la tarima, se inclinaba hacia ella y la miraba con expresión alentadora.

—Le sienta estupendamente, señora.

La voz seguía teniendo el mismo timbre metálico, un metal que se hubiese ido oxidando con el tiempo. Ya se estaban dispersando los curiosos por culpa de la lluvia y la mujer rubia se quitaba el abrigo y lo dejaba tímidamente al borde del puesto.

—Es una auténtica ganga, señora… Precio estadounidense… Debería usted…

Pero ella, sin darle tiempo a seguir hablando, se apartaba deprisa y desaparecía con los demás, como si se avergonzase de estar atendiendo a las proposiciones obscenas de un transeúnte.

Él se bajó de la tarima y se me acercó.

—Qué sorpresa tan estupenda… Tengo yo muy buen ojo… Lo he reconocido enseguida…

Parecía apurado, casi medroso. Yo, en cambio, me notaba tranquilo y relajado.

—Tiene gracia esto de encontrarse así, ¿eh? —le dije.

—Sí.

Sonreía. Había recobrado el aplomo. Una camioneta se detuvo al borde de la acera, a nuestra altura, y se bajó de ella un hombre con guardapolvos rojo.

—Puedes recogerlo todo…

Luego me miró de frente, a los ojos.

—¿Tomamos algo?

—Bueno…

—Voy al Forum, a tomar algo con el señor. Ven a recogerme dentro de media hora.

El otro hombre empezó a meter en la camioneta los abrigos y las chaquetas del puesto mientras, a nuestro alrededor, un flujo de clientes brotaba de las puertas de los grandes almacenes que hacen esquina con la calle de La Buffa. Un timbre agudo anunciaba la hora de cerrar.

—Todo bien… Ya casi no llueve…

Llevaba un bolso de cuero muy plano en bandolera.

Cruzamos el bulevar y fuimos por el Paseo de los Ingleses. El café estaba muy cerca, junto al cine Le Forum. Escogió una mesa detrás de la luna de la fachada y se desplomó en el asiento.

—¿Qué hay de nuevo? —me dijo—. ¿Anda usted por la Costa Azul?

Quise que estuviera a gusto:

—Tiene gracia… Lo vi el otro día en el Paseo de los Ingleses…

—Debería haberme saludado.

Esa silueta recia por el Paseo, y ese bolso en bandolera que lucen algunos hombres que rondan los cincuenta años y llevan chaquetas demasiado entalladas con la intención de conservar una silueta juvenil…

—Llevo una temporada trabajando por aquí… Intento dar salida a unas existencias de prendas de cuero…

—¿Y qué tal?

—Regular. ¿Y usted?

—Yo también trabajo por aquí —le dije—. Nada de particular…

Fuera, las altas farolas del Paseo se iban encendiendo poco a poco. Primero una luz malva y titubeante que una simple ráfaga de viento podía apagar igual que la llama de una vela. Pero no se apagaba. Al cabo de un instante esa luz incierta se volvía blanca y dura.

—Así que trabajamos por la misma zona —me dijo—. Yo vivo en Antibes. Pero me muevo mucho…

El bolso se abría igual que las carteras escolares. Sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Ya no va nunca por Val-de-Marne? —le pregunté.

—No, eso se acabó.

Pasamos por un momento de tirantez.

—¿Y usted? —me dijo—. ¿Ha vuelto por allí?

—Nunca.

La sola idea de verme otra vez a orillas del Marne me dio escalofríos. Le eché una mirada al Paseo de los Ingleses, al cielo naranja que se iba poniendo oscuro y al mar. Sí, estaba a gusto en Niza. Me entraban ganas de soltar un suspiro de alivio.

—No querría volver al sitio aquel por nada del mundo —le dije.

—Yo tampoco.

El camarero estaba poniendo el zumo de naranja, el coñac con agua y las copas encima de la mesa. Los dos teníamos la vista pendiente de sus mínimos gestos, como si quisiéramos retrasar cuanto fuera posible el momento de reanudar la conversación. Fue él quien, por fin, rompió el silencio.

—Querría aclarar algo con usted…

Me miraba con ojos apagados.

—Resulta que yo no estaba casado con Sylvia, pese a las apariencias… Mi madre no quería esa boda…

Durante una décima de segundo se me apareció la silueta de la señora Villecourt, sentada en el pontón, a orillas del Marne.

—¿Se acuerda de mi madre?… No era una mujer fácil de tratar… Había problemas de dinero entre nosotros… Me habría cerrado el grifo si me hubiese casado con Sylvia…

—Me deja muy sorprendido.

—Pues eso es lo que hay…

Yo creía estar soñando. ¿Por qué no me diría Sylvia la verdad? Me acordaba incluso de que llevaba puesta una alianza.

—Quería que la gente creyera que estábamos casados… Para ella era una cuestión de amor propio… Y yo me porté como un cobarde… Debería haberme casado con ella…

No me quedaba más remedio que rendirme a la evidencia: aquel hombre no se parecía al de siete años atrás. Ya no mostraba aquella confianza en sí mismo y aquella grosería por las que me resultaba odioso. Antes bien, ahora rezumaba una dulzura resignada. Las manos le habían cambiado. Ya no llevaba una esclava.

—Si hubiese estado casado con ella, todo habría sido muy diferente…

—¿Usted cree?

Definitivamente, estaba hablando de alguien que no era Sylvia, y las cosas, vistas a distancia, tenían un sentido diferente para él que para mí.

—No me perdonó que fuera tan cobarde… Me quería… Yo era el único a quien quería…

La sonrisa triste resultaba tan sorprendente como el bolso en bandolera. No, no tenía delante al mismo hombre que aquel de las orillas del Marne. A lo mejor se le habían olvidado fragmentos enteros del pasado o había acabado por convencerse a sí mismo de que algunos de esos acontecimientos que habían tenido para todos nosotros consecuencias tan gravosas no habían ocurrido jamás. Yo sentía unos deseos irresistibles de zarandearlo.

—¿Y ese proyecto de restaurante y de piscina en aquella islita, por la zona de Chennevières?

Yo había alzado el tono de voz y había arrimado la cara a la suya. Pero, lejos de ponerlo en un aprieto la pregunta, no se le iba la sonrisa triste.

—No veo a qué se refiere… Me dedicaba sobre todo a los caballos de mi madre, ¿sabe? Tenía dos trotones y los llevaba a correr a Vincennes…

Parecía de tan buena fe que no quise contradecirlo.

—¿Ha visto hace un rato al individuo que estaba metiendo mis abrigos en la camioneta? Bueno, pues apuesta en las carreras… En mi opinión no puede haber sino malentendidos entre los hombres y los caballos…

¿Se estaba riendo de mí? No. Nunca había tenido ni un ápice de sentido del humor. Y las luces de neón le acentuaban la expresión cansada y seria de la cara.

—Muy pocas veces encajan las cosas entre los caballos y los hombres… Por mucho que le digo que no debería apostar en las carreras, lo sigue haciendo, pero no gana nunca… ¿Y usted? ¿Aún es fotógrafo?

Había articulado las últimas palabras con ese timbre metálico que tenía siete años atrás.

—Por entonces, no entendí muy bien aquel proyecto suyo de álbum fotográfico…

—Quería fotografiar las playas fluviales de los alrededores de París —le dije.

—¿Las playas fluviales? ¿Y por eso se había instalado en La Varenne?

—Sí.

—Y, sin embargo, no es en realidad una playa fluvial.

—¿Usted cree? No deja de estar allí el Beach…

—Y supongo que no le dio tiempo a hacer las fotos que quería.

—Sí, sí… Podría enseñarle algunas si quiere…

Esta conversación se estaba volviendo inane. Resultaba raro hablar así, con medias palabras o con sobrentendidos.

—En cualquier caso, puedo decir que me enteré de cosas muy edificantes… Y que me sirvió de lección…

Mi comentario lo dejó frío. Y eso que yo lo había hecho en tono agresivo. Insistí:

—Supongo que usted también conserva un mal recuerdo de todo aquello.

Pero lamenté en el acto esa provocación mía. Le había resbalado y me envolvía en una sonrisa triste:

—Ya no tengo ningún recuerdo —me dijo.

Le echó una ojeada al reloj de pulsera.

—Van a venir a buscarme enseguida… Una lástima… Me habría gustado quedarme más rato con usted… Pero espero que volvamos a vernos…

—¿Quiere volver a verme de verdad?

Me notaba incómodo. Me habría sentido menos desvalido en presencia del hombre de hacía siete años.

—Sí. Me gustaría mucho volver a verlo de vez en cuando para que hablásemos de Sylvia.

—¿Cree usted que merece la pena?

¿Cómo iba a poder hablarle de Sylvia? Era como para preguntarse si, después de siete años, no la confundía con otra. Se acordaba de que yo había sido fotógrafo, pero en los ancianos que han perdido la memoria, quedan aún algunos jirones del pasado: una merienda de cumpleaños de la infancia, la letra de una nana que les cantaban…

—¿No quiere volver a hablar de Sylvia? Métase esto en la cabeza…

Daba puñetazos en la mesa y yo me esperaba las amenazas y los chantajes de antes, que el tiempo había diluido, claro, igual que las palabras de esos criminales de guerra chochos a quienes llevan a rastras, cuarenta años después de sus fechorías, ante un tribunal.

—A ver si se le mete en la cabeza: no habría ocurrido nada si me hubiera casado con ella… Nada… Me quería… Lo único que deseaba es que yo también le diera una prueba de amor… Y fui incapaz de dársela…

Al verlo así, frente a mí, al oír esas palabras de pecador arrepentido, me pregunté si no estaría siendo injusto con él. Divagaba, pero con el tiempo más bien había mejorado. Antes nunca habría sido capaz de razonar así.

—Creo que se equivoca —le dije—, pero no tiene ninguna importancia. La intención es buena en cualquier caso.

—No me equivoco en absoluto.

Y volvía a dar puñetazos en la mesa con gesto de borracho. Me dio miedo que recobrase el comportamiento brutal y la mala condición. Menos mal que en ese momento entró en el café el hombre de la camioneta y le puso una mano en el hombro. Él se volvió y lo miró fijamente como si no lo reconociera.

—Enseguida… Ahora mismo estoy contigo…

Nos levantamos y los acompañé hasta la camioneta, que estaba aparcada delante del cine Le Forum. Abrió la puerta corredera y apareció una hilera de abrigos de cuero colgados en perchas.

—Sírvase usted mismo…

Me quedé quieto. Entonces pasó revista a los abrigos, uno por uno. Descolgaba las perchas y las volvía a colgar una tras otra.

—Este debe de ser de su talla…

Me alargó el abrigo, con la percha dentro.

—No necesito un abrigo —le dije.

—Sí…, sí… Deme ese gusto…

El otro hombre esperaba, sentado en el guardabarros de la camioneta.

—Pruébeselo.

Cogí el abrigo y me lo puse delante de él. Me examinaba con la mirada aguda de un sastre durante una prueba.

—¿No le tira de los hombros?

—No, pero le digo que no necesito un abrigo.

—Quédese con él para darme gusto. Me encantaría.

Me lo abrochaba con sus propias manos. Yo estaba más tieso que un maniquí de madera.

—Le sienta muy bien… Y lo bueno es que llevo muchas tallas grandes…

Cedí para quitármelo antes de encima. No quería discutir. Estaba deseando que se fuera.

—Si tiene el menor problema, venga a cambiarlo… Estaré en mi puesto del bulevar de Gambetta mañana por la tarde… Y, en cualquier caso, voy a darle mis señas.

Rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta y me alargó una tarjeta de visita.

—Tenga…, mis señas y mi número de teléfono de Antibes… Cuento con usted…

Abrió la puerta de delante, se subió y se sentó. El otro hombre se puso al volante. Él bajó el cristal de la ventanilla y se asomó.

—Ya sé que no le caía simpático —me dijo—. Pero estoy absolutamente dispuesto a enmendar mis errores… He cambiado… He entendido qué hice mal… Sobre todo con Sylvia… Soy el único al que ella quiso de verdad… Volveremos los dos a hablar de Sylvia, ¿eh?…

Me examinaba de pies a cabeza.

—El abrigo le sienta de maravilla…

Subió el cristal sin dejar de mirarme. Pero de repente, cuando estaba arrancando la camioneta, la estupefacción le paralizó el rostro: yo no había podido por menos de hacerle —gesto incomprensible en un hombre reservado como yo— un corte de mangas.

Unas cuantas personas estaban entrando en Le Forum para la sesión de las nueve y media. Tuve la tentación de ir yo también a sentarme en la antigua sala de cine con sus terciopelos rojos. Pero quería librarme de aquel abrigo que me tiraba en los hombros y me impedía respirar. Con las prisas, arranqué un botón. Doblé el abrigo, lo puse en un banco del Paseo y me alejé con la sensación de estar dejando a mis espaldas algo comprometedor.

¿Fue la fachada destartalada del cine Le Forum? ¿O la reaparición de Villecourt? El caso es que me acordé de las confidencias que me hizo su madre en relación con el asesinato misterioso del actor Aimos en una barricada del barrio de la estación del Norte durante la liberación de París. Aimos sabía demasiado, había oído demasiadas conversaciones, se había codeado con demasiadas personas dudosas en los hostales de Chennevières, de Champigny y de La Varenne. Y los nombres de todas esas personas que me había dicho la señora Villecourt me recordaban las aguas llenas de fango del Marne.

Miré la tarjeta de visita.

Frédéric Villecourt, comisionista.

Hace años, las letras de su apellido habrían sido negras y habrían ido grabadas. Pero ahora eran de color naranja como las de un simple prospecto, y esa palabra tan modesta, «comisionista», a quien recordase al Frédéric Villecourt de las orillas del Marne le indicaría que con frecuencia basta con unos pocos años para acabar con muchas pretensiones. Había escrito personalmente sus señas con tinta azul: Avenida de Le Bosquet, 5, Antibes. Teléfono:
50 22 83.

Yo iba siguiendo el bulevar de Victor Hugo, porque había decidido volverme a casa a pie. No, nunca habría debido trabar conversación con él.

La primera vez, cuando lo vi por el Paseo de los Ingleses con ese paso torpe y ese bolsito de cuero ridículo en bandolera, no me entraron ningunas ganas de hablarle. Aquel domingo hacía un sol suave de otoño y yo estaba sentado en la terraza del Queenie. Y, más allá, se detuvo y encendió un cigarrillo. Luego se quedó quieto un momento, detrás de la riada de coches. Iba a cruzar con el semáforo en rojo y a subir a la acera precisamente a mi altura. Así que existía el riesgo de que se fijase en mí. O a lo mejor no volvía a moverse nunca y el sol se pondría y su silueta, como una sombra chinesca, destacaría sobre el fondo del mar, para siempre, delante de mí.

Siguió andando hacia el casino Ruhl y los jardines de Albert-Ier, con el bolso de cuero en bandolera. A mi alrededor, hombres y mujeres tiesos como momias tomaban el té en silencio, con los ojos clavados en el Paseo de los Ingleses. A lo mejor también ellos andaban acechando, entre aquella muchedumbre que iba en procesión, siluetas de su pasado.

Siempre vuelvo a casa cruzando por lo que fue el comedor del antiguo Hotel Majestic, en el punto preciso en que da la vuelta el bulevar de Cimiez. Ahora no es más que un vestíbulo que hace las veces de sala de reunión o de exposiciones. Al fondo del todo, en la semipenumbra, una coral cantaba canciones de iglesia en inglés. En el letrero, al pie de las escaleras, podía leerse «*Today: The Holy Nest*». Me seguían llegando esas voces agudas en el segundo piso cuando cerré la puerta de mi habitación. Parecían villancicos. Por lo demás, la Navidad se acercaba. Hacía frío en esa habitación de alquiler, que había sido una habitación con baño del hotel y cuyo número seguía allí, en una placa de cobre, dentro del armario: 252.

Encendí la estufita eléctrica, pero calentaba tan poco que acabé por desenchufarla. Me eché en la cama sin quitarme los zapatos.

Hay en este edificio del Majestic pisos de tres o cuatro habitaciones, las antiguas *suite* del hotel, o simples habitaciones que ahora se comunican entre sí tras hacer obras. Prefiero vivir en una única habitación. Resulta menos triste. Sigue uno haciéndose la ilusión de vivir en el hotel. La cama sigue siendo la de la habitación 252. También la mesilla de noche. Y me pregunto si el escritorio de madera oscura estilo Luis XVI de imitación pertenecía al mobiliario del Majestic. La moqueta no estaba en la habitación 252: una moqueta entre gris y *beige* raída a trechos. La bañera y el lavabo han cambiado también.

No tenía ganas de cenar. Apagué la lámpara. Cerraba los ojos y dejaba que me arrullasen las voces lejanas de la coral inglesa. Aún estaba echado en la cama cuando, en la oscuridad, sonó el teléfono.

—¿Oiga?… Soy Villecourt…

Hablaba muy bajo, casi en un cuchicheo.

—¿Molesto? He encontrado su número en la guía…

Me quedé callado. Volvió a preguntarme:

—¿Molesto?…

—En absoluto.

—Querría sencillamente que tuviéramos las cosas claras. Al separarnos, me dio la impresión de que me guardaba rencor…

—No le guardo rencor…

—Pero ese gesto que me hizo…

—Era una broma.

—¿Una broma? Tiene usted un sentido del humor realmente peculiar.

—Es lo que hay —le dije—. Hay que tomarme como soy.

—Me ha parecido un gesto tan agresivo… ¿Tiene algo que reprocharme?

—No.

—Yo nunca le pedí nada. Fue usted, Henri, quien vino a buscarme. Me estaba esperando delante del puesto, en el bulevar de Gambetta.

—No me llamo Henri…

—Disculpe… Me estaba confundiendo con otro… Ese de pelo moreno que siempre estaba dando soplos para las carreras… No sé qué veía en él Sylvia.

—No me apetece hablar de Sylvia con usted.

Era realmente desagradable seguir con esa conversación telefónica en la oscuridad. Desde el vestíbulo seguían llegándome las voces de la coral inglesa y me resultaban tranquilizadoras: esa noche no estaba solo del todo.

—¿Por qué no quiere hablar de Sylvia conmigo?

—Porque no hablamos de la misma persona.

Colgué. Al cabo de un instante volvió a sonar el teléfono.

—Muy antipático eso de haberme colgado… Pero no pienso dejarlo en paz…

Quería que la voz le sonase algo irónica.

—Estoy cansado —le dije.

—Yo también. Pero no es motivo para que no hablemos. Ahora somos los únicos que sabemos ciertas cosas…

—Creía que se le había olvidado todo…

Hubo un silencio.

—En realidad, no… Le molesta, ¿eh?

—No.

—Métase en la cabeza que quién conocía mejor a Sylvia era yo… Era a mí a quien quería más… Ya ve que no eludo mis responsabilidades.

Colgué. Transcurrieron unos pocos minutos antes de que volviera a sonar el timbre.

—Entre Sylvia y yo había unos vínculos muy fuertes. Ella no le daba importancia a lo demás…

Hablaba como si le pareciese natural que yo hubiese vuelto a colgar.

—Me gustaría hablar con usted de todo esto, lo quiera o no… Estaré llamando hasta que acepte…

—Cortaré el teléfono.

—Entonces lo esperaré delante del edificio donde vive. No podrá librarse de mí tan fácilmente… A fin de cuentas, usted fue a buscarme…

Volví a colgar. Otra vez el timbre del teléfono.

—Hay unas cuantas cosas que no se me han olvidado… Todavía puedo darle muchos disgustos… Quiero que tengamos una conversación seria sobre Sylvia…

—Se olvida de que yo también puedo darle muchos disgustos —le dije.

En esta ocasión, después de colgar, marqué mi propio número y metí el receptor debajo de la almohada para no oír el tono.

Me levanté y, sin encender la lámpara, fui a apoyarme en la ventana. Abajo, el bulevar de Cimiez estaba desierto. De vez en cuando pasaba un coche y, en todas las ocasiones, me preguntaba si se iba a detener. La puerta de un coche que se cierra de golpe. Se bajaría y alzaría la cabeza hacia la fachada del Majestic para localizar en qué piso había luz aún. Se metería en la cabina de teléfonos, en ese punto en que empieza la curva del bulevar. Y yo, ¿iba a dejar el teléfono descolgado o lo cogería? Lo mejor sería esperar el timbre y quedarme con el receptor pegado al oído, sin decir nada. Repetiría: «Oiga… ¿Me oye? Oiga, ¿me oye? Estoy muy cerca de donde vive… Conteste… Conteste». A esa voz, cada vez más inquieta y cada vez más quejumbrosa solo le voy a oponer el silencio. Sí, me gustaría transmitirle esa sensación de vacío que siento yo.

Hace mucho que se ha callado la coral y me quedo apostado delante de la ventana. Estoy esperando que su silueta se perfile abajo, en la luz blanca del bulevar, como se perfilaba el domingo pasado en el Paseo de los Ingleses.

Al final de la mañana bajé al taller. Se puede llegar a él desde la planta baja del edificio por unas escaleras de cemento. Basta con ir por un pasillo, al fondo del vestíbulo, abrir una puerta y encender el automático de la luz.

Es un local muy amplio, a un nivel más bajo que el Majestic, que debía ya de servir, en tiempos del hotel, para guardar los coches.

Nadie. Los tres empleados se habían ido a comer. A decir verdad, tenían cada vez menos trabajo. Alguien estaba tocando la bocina por la zona de la gasolinera. Había un Mercedes esperando y el conductor me pidió que le llenase el depósito. Me dio una buena propina.

Luego, me encaminé a mi despacho, en el interior del taller. Una habitación con suelo de baldosas, paredes verde claro y mamparas acristaladas. Me habían dejado un sobre a mi nombre en la mesa de madera de pino. Lo abrí y leí:

«Quédese tranquilo. No volverá a oír hablar de mí. Ni de Sylvia.

»Villecourt».

Para no dejar nada en el aire, me saqué del bolsillo su tarjeta y marqué el número de teléfono de su casa de Antibes: no contestó. Ordené mi escritorio, lleno de carpetas viejas y facturas que llevaban varios meses apiladas. Las guardé en el armario metálico. Pronto no quedaría nada de todo aquello: el gerente del edificio, gracias a quien había conseguido ese puesto de director del taller, me había avisado de que iban a convertirlo en un simple aparcamiento.

Miré por el entrepaño acristalado: más allá esperaba un coche estadounidense con el capó abierto y el neumático de una de las ruedas deshinchado del todo. Cuando volvieran los empleados tendría que preguntarles si no se habían olvidado de él. Pero ¿volverían? También a ellos les habían comunicado que el taller iba a cerrar dentro de poco y seguramente habían encontrado trabajo en otra parte. Yo era el único que no había tomado precauciones.

Entrada la tarde, volví a marcar el número de Villecourt en Antibes. No hubo respuesta. De los tres empleados solo uno había vuelto y estaba acabando la reparación del coche estadounidense. Le dije que me ausentaría una hora o dos y le pedí que atendiese la gasolinera.

Había sol y una alfombra de hojas secas en la acera del bulevar de Dubouchage. Mientras andaba, iba pensando en mi porvenir. Me indemnizarían cuando cerrasen el taller y malviviría algún tiempo con ese dinero. Me quedaría en la habitación del Majestic, que tenía un alquiler ridículo. A lo mejor conseguía que Boistel, el gerente, no me cobrara alquiler, en agradecimiento a los servicios prestados. Sí, me quedaría en la Costa Azul para siempre. ¿Para qué cambiar de horizontes? Podría incluso volver a mi antigua profesión de fotógrafo y esperar en el Paseo de los Ingleses, con una polaroid, a que pasasen turistas. Lo que había pensado al echarle una ojeada a la tarjeta de Villecourt se me podía aplicar a mí también. A veces basta con unos pocos años para acabar con muchas pretensiones.

Sin darme cuenta, había llegado a la altura de los jardines de Alsace-Lorraine. Giré a la izquierda, por el bulevar de Gambetta, y me dio un leve salto el corazón al preguntarme si me encontraría a Villecourt en su puesto. Esta vez lo miraría desde lejos para que no pudiera llamarle la atención mi presencia y me iría inmediatamente. Me resultaría un alivio contemplar a ese charlatán que no era ya el Villecourt de antes y nunca había tenido nada que ver con mi vida. Nunca. Un charlatán inofensivo como hay tantos en las aceras de Niza cuando se acercan las navidades. Y nada más.

Divisé una silueta que gesticulaba en el puesto. Al cruzar la calle de La Buffa, me di cuenta de que no era Villecourt, sino un hombre rubio y alto con cara de caballo y chaqueta escocesa. Igual que la otra vez, me fui colando hasta la primera fila. Este no usaba ni tarima ni micrófono, y soltaba su charla con una voz muy recia y enumerando la mercancía que tenía delante: coipo, borrego lavado, conejo, mofeta, botas cortas de cuero con o sin forro de piel… El puesto estaba mucho más surtido que la víspera y el rubio aquel atraía a más gente que Villecourt. Muy poco cuero. Gran cantidad de pieles. A lo mejor a Villecourt no lo juzgaban digno de vender pieles.

El rubio hacía descuentos de un veinte por ciento en las chaquetas de coipo y los dos piezas de borrego lavado con chaqueta corta. ¿Borrego? Lo había de todos los colores: negro, chocolate, azul marino, verde bronce, fucsia, violeta… De regalo para los compradores, una bolsa de *marrons glacés*. Al final, me senté en la terraza del café de al lado y estuve casi una hora esperando antes de que se fueran marchando los mirones. Hacía mucho que había caído la tarde.

El hombre estaba solo en el puesto y me acerqué.

—Está cerrado —me dijo—. Pero si quiere algo… Tengo chaquetas… muy económicas… con un treinta por ciento de descuento…, chaquetas largas de borreguito… con forro de tafetán, de la talla 38 a la 46… Si quiere una, se la dejo a mitad de precio…

Si no lo interrumpía no se callaría nunca. Había cogido carrerilla.

—¿Conoce a Frédéric Villecourt? —le dije.

—No.

Había empezado a apilar, unos encima de otros, abrigos de piel y chaquetas.

—Pues ayer por la tarde estaba ahí donde está usted ahora.

—Somos muchos los que trabajamos en la Costa Azul para France-Cuir, ¿sabe?

La camioneta se detuvo a la altura del puesto. Bajó el mismo conductor y abrió la puerta corredera.

—¿Qué tal? —le dije—. Nos vimos ayer cuando estaba con un amigo…

Me miraba frunciendo el entrecejo y parecía no acordarse de nada.

—Si hasta fue usted a buscarlo al café Le Forum…

—Ah, sí… Ah, sí. Es verdad…

—Carga esto a toda pastilla —dijo el rubio alto con cara de caballo.

El conductor iba cogiendo los abrigos y las chaquetas por turno y los ponía en unas perchas antes de colgarlos en la camioneta.

—¿No sabe dónde anda?

—A lo mejor ha dejado de trabajar para France-Cuir…

Me había contestado con tono seco, como si Villecourt hubiera cometido una falta muy grave y fuese en verdad un privilegio trabajar para France-Cuir…

—Creía que tenía un trabajo fijo…

El rubio alto de cara de caballo, apoyando las posaderas en el borde del puesto, estaba apuntando algo en una libreta. ¿Las cuentas del día?

Me saqué del bolsillo la tarjeta de visita de Villecourt.

—Debió usted de llevarlo a su casa ayer por la noche…, al número 5 de la avenida de Bosquet, en

Antibes.

El conductor seguía colocando los abrigos y las chaquetas en la camioneta y no se dignaba ni mirarme.

—Es un hotel —me dijo—. Es donde paran los vendedores de France-Cuir… Allí les pasan aviso de si tienen que trabajar en Cannes o en Niza…

Le fui dando un abrigo de borrego, luego una cazadora y, después, unas botas con forro de piel. Si lo ayudaba a cargar la camioneta a lo mejor accedía a darme algunas informaciones más sobre Villecourt.

—¿Cómo quiere que me dé tiempo a conocerlos a todos?… Se van turnando… Unos diez nuevos todas las semanas… Los vemos dos o tres días… Se vuelven a marchar… Vienen otros en su lugar… Con France-Cuir la cosa no para… Tenemos *stocks* en toda la región… No solo en Cannes o en Niza… En Grasse… En Draguignan…

—¿Así que no tengo ninguna probabilidad de encontrarlo en Antibes?

—Pues no… Su habitación debe de haberla ocupado ya otro… A lo mejor este señor…

Me señaló al rubio alto con cara de caballo que seguía apuntando cosas en la libreta.

—¿Y no hay forma de saber por dónde anda?

—Una de dos… O ha dejado de trabajar para France-Cuir, lo habrán largado porque no era lo bastante «vendedor»…

Ya había colgado todos los abrigos y las chaquetas en la camioneta y se estaba secando el sudor de la frente con una punta de la bufanda.

—O lo han mandado a otro sitio… Pero si le pregunta usted a la dirección no le dirán nada… El secreto profesional… Supongo que ni siquiera es usted de su familia.

—No.

Había suavizado el tono. El rubio alto con cara de caballo se nos había acercado.

—¿Lo has guardado todo?

—Sí…

—Pues vámonos…

Se subió a la camioneta, delante. El conductor tiró de la puerta corredera y comprobó que estaba bien cerrada. Luego se subió también y se asomó para hablarme por la ventanilla abierta a medias.

—France-Cuir los manda a veces al extranjero… Tienen depósitos en Bélgica… Igual lo han enviado a Bélgica…

Se encogió de hombros y arrancó. Seguí con los ojos la camioneta, que desapareció en una revuelta del Paseo de los Ingleses.

Hacía un tiempo templado. Fui andando hasta los jardines de Alsace-Lorraine y me senté en un banco, detrás de los columpios y del arenero. Me gusta ese sitio porque hay pinos piñoneros y edificios que se perfilan limpiamente contra el cielo. Por las tardes iba a veces a sentarme allí con Sylvia. Estábamos resguardados entre todas esas madres pendientes de sus hijos. Nadie iba a ir a buscarnos a esos jardines. Y las personas que había alrededor no se fijaban en nosotros. A fin de cuentas, también nosotros podíamos tener niños que se tirasen por el tobogán o construyesen castillos de arena.

En Bélgica… Igual lo han largado a Bélgica… Me imaginaba a Villecourt, por las noches, bajo la lluvia, vendiendo de tapadillo llaveros y fotos pornográficas antiguas en el barrio de la estación del Mediodía de Bruselas. No era ya más que la sombra de sí mismo. La nota que me había dejado por la mañana en el taller no me había sorprendido: «No volverá a oír hablar de mí». La había presentido. Lo más asombroso era que me hubiera escrito esa nota y que, de ese modo, dejase una prueba material de su supervivencia. Cuando estaba ayer por la tarde en el puesto tardé en reconocerlo, en convencerme de que en efecto era él. Me planté en la primera fila de los mirones y lo observaba con insistencia, como si quisiera recordarle quién era. Y, ante esa mirada fija, él se esforzó por volver a ser el Villecourt de antes. Estuvo unas cuantas horas más interpretando ese papel, me llamó por teléfono, pero ya no estaba por la labor. Ahora, en Bruselas, iba por el bulevar de Anspach a la estación del Norte y se subía a un tren, al azar. Estaba en un compartimiento lleno de humo con viajantes de comercio que jugaban a las cartas. Y el tren arrancaba hacia un destino desconocido…

Yo también había pensado en Bruselas para refugiarme allí con Sylvia, pero preferimos no irnos de Francia. Había que decidirse por una ciudad grande donde pasaríamos inadvertidos. En Niza había más de quinientos mil habitantes entre los que podríamos esfumarnos. No era una ciudad como las demás. Y, de propina, estaba el Mediterráneo…

Se encendió una ventana en el tercer piso del edificio que hace esquina, en la glorieta, con el bulevar de

Victor Hugo, donde vivía la señora Efflatoun Bey. ¿Vivirá todavía? Debería llamar a su puerta o preguntarle al portero. Miro la ventana, donde está encendida una luz amarilla. En la época en que llegamos a la ciudad, la señora Efflatoun Bey ya tenía su vida vivida hacía mucho y yo me preguntaba si le quedaban nebulosos recuerdos de ella. Era un fantasma amable entre los otros miles de fantasmas que pueblan Niza. A veces, por la tarde, iba a sentarse en un banco de estos jardines de Alsace-Lorraine, al lado nuestro. Los fantasmas no mueren. Siempre habrá luz en sus ventanas, igual que en las de todos esos edificios ocre y blanco que me rodean y cuyas fachadas me tapan a medias los pinos piñoneros de la glorieta. Me pongo de pie. Voy por el bulevar de Victor-Hugo y cuento, mecánicamente, los plátanos.

Al principio, cuando Sylvia se reunió conmigo aquí, yo veía las cosas de una forma diferente de la de esta noche. Niza no era esta ciudad conocida por donde voy andando para volver al vestíbulo del Majestic y a mi habitación con su estufa inútil. Menos mal que los inviernos son templados en la Costa Azul y que me da igual dormir con abrigo. Lo que me da miedo es la primavera. Vuelve siempre como un mar de fondo y siempre me pregunto si no me voy a caer por la borda.

Creía que mi vida iba a tomar un nuevo rumbo y que bastaría con quedarnos una temporada en Niza para borrar todo lo anterior. Acabaríamos por no notar ya el peso que llevábamos a cuestas. Aquella noche caminaba mucho más deprisa que hoy. En la calle de Gounod pasé por delante de la peluquería. Su luz de neón rosa sigue brillando; no pude por menos de ir a comprobarlo antes de seguir adelante.

Yo no era todavía un fantasma, como esta noche. Me decía que lo olvidaríamos todo y que empezaríamos de cero en esta ciudad desconocida. Empezar de cero. Era la frase que me repetía yendo calle de Gounod adelante a paso cada vez más ligero.

«Todo recto», me dijo un transeúnte a quien le pregunté cómo se iba a la estación. Todo recto. Tenía confianza en el porvenir. Esas calles eran nuevas para mí. Daba igual si me iba orientando un tanto al azar. El tren de Sylvia no llegaba a la estación de Niza hasta las diez y media de la noche.

Llevaba por todo equipaje una bolsa grande de cuero granate y, al cuello, la Cruz del Sur. Me sentía intimidado al ver cómo se me acercaba. La había dejado hacía una semana en un hotel de Annecy porque había querido ir yo solo a Niza y comprobar que efectivamente podíamos quedarnos a vivir en esa ciudad.

La Cruz del Sur brillaba sobre el jersey negro en la abertura del cuello del abrigo. Cuando cruzamos la mirada, Sylvia sonrió y se cerró el cuello. No era prudente llevar esa joya ostentosamente. ¿Y si en el tren se hubiera sentado ante un diamantista y a este le hubiera llamado la atención? Pero también yo acabé por sonreír ante aquel pensamiento absurdo. Le cogí la bolsa de viaje.

—¿No iba ningún diamantista en tu compartimiento?

Pasé revista a los escasos viajeros que acababan de bajar del tren en la estación de Niza y nos rodeaban, caminando por el andén.

En el taxi tuve un momento de aprensión. Existía el riesgo de que la pensión que había elegido y el aspecto del cuarto le desagradasen. Pero más valía que viviéramos en un sitio así que en un hotel, donde los empleados de la recepción habrían reparado en nosotros.

El taxi fue por el itinerario que hoy recorro en sentido contrario: bulevar de Victor-Hugo, jardines de Alsace-Lorraine. Era la misma época del año, a finales del mes de noviembre, y los plátanos estaban ya sin hojas, como esta noche. Se quitó del cuello la Cruz del Sur y noté en la palma de la mano el contacto de la cadena y del brillante.

—Cógelo… Si no lo voy a perder…

Me metí cuidadosamente la Cruz del Sur en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Mira que si hubiera ido un diamantista en tu compartimiento, enfrente de ti…

Apoyó la cabeza en mi hombro. El taxi se había detenido en la esquina de la calle de Gounod para dejar que pasaran otros coches que venían de la izquierda. A la entrada de la calle, brillaba la fachada de la peluquería con su luz de neón rosa.

—De todas formas, si hubiera ido sentada enfrente de un diamantista, habría pensado que era bisutería, un culo de vaso…

Me susurró esa frase al oído para que el taxista no la oyera, y con esa entonación que Villecourt llamaba «barriobajera» en los momentos en que él, Villecourt, quería parecer distinguido, esa entonación que a mí me gustaba mucho porque era la de la infancia.

—Sí, pero suponte que hubiera querido examinarlo de más cerca…, con una lupa…

—Le habría dicho que era una joya de familia.

El taxi se detuvo en la calle Caffarelli, delante de la pensión Villa Sainte-Anne. Nos quedamos quietos un momento los dos, en la acera. Yo llevaba su bolsa de viaje.

—El hotel está al fondo del jardín —le dije.

Temía que se llevase un chasco. Pero no fue así. Me cogió del brazo. Empujé la puerta de la verja, que se abrió con un susurro de hojas, y fuimos por el paseo a oscuras hasta el pabellón, que iluminaba una bombilla encima de la marquesina de la entrada.

Pasamos ante la galería. La araña estaba encendida en el salón donde me había recibido la dueña cuando alquilé la habitación para un mes.

Sin llamar la atención de nadie, dimos la vuelta al pabellón. Abrí la puerta de detrás y subimos por la escalera de servicio. La habitación estaba en el primer piso, al fondo de un pasillo.

Se sentó en el sillón viejo de cuero. No se había quitado el abrigo. Miró a su alrededor, como si quisiera acostumbrarse al escenario. Unas cortinas negras resguardaban las dos ventanas que daban al jardín del pabellón. Un papel pintado con dibujos de color de rosa tapizaba las paredes, menos la del fondo, cuya madera clara recordaba un chalet de montaña. No había más muebles que el sillón de cuero y la cama, bastante ancha y con barrotes de cobre.

Yo estaba sentado en el filo de la cama. Esperaba a que ella hablase.

—Desde luego, aquí no vendrán a buscarnos.

—Claro que no —le dije.

Quería enumerarle con detalle las ventajas del sitio para convencerme más a mí mismo: he pagado un mes por adelantado… Es una habitación independiente… Llevaremos siempre la llave encima… La dueña vive en la planta baja… Nos dejará en paz.

Pero no parecía que me estuviera escuchando. Miraba la lámpara del techo, de la que caía una luz débil, y luego el *parquet*, y luego las cortinas negras.

Con el abrigo puesto, daba la impresión de que iba a salir de la habitación de un momento a otro y tuve miedo de que me dejase solo, sentado en aquella cama. Estaba quieta, con las palmas de las manos en los brazos del sillón. Le pasó por los ojos una expresión de desaliento, ese desaliento que sentía yo también.

Bastó con que detuviera la mirada en mí para que todo cambiase. A lo mejor notaba que sentíamos lo mismo en el mismo momento. Me sonrió y, en voz baja, como si temiera que alguien estuviera escuchando detrás de la puerta, dijo:

—No hay que preocuparse.

Cesaron la música y la voz profunda de un locutor en la planta baja del pabellón. Habían apagado la televisión o la radio. Estábamos los dos echados en la cama. Yo había descorrido las cortinas y, por las dos ventanas, una luz débil atravesaba la oscuridad de la habitación. La veía de perfil. Tenía los brazos echados hacia atrás y con las manos rodeaba los barrotes de la cama; tenía en el cuello la Cruz del Sur. Prefería llevarla para dormir: así no habría peligro de que se la robaran.

—¿No te parece que hay un olor muy raro? —me preguntó.

—Sí.

La primera vez que fui a ver esa habitación noté un olor a moho agresivo. Abrí las dos ventanas para que entrase un poco de aire fresco, pero no sirvió de nada. El olor impregnaba las paredes, el cuero del sillón y la manta.

Me arrimé a Sylvia y su perfume no tardó en ser más fuerte que el olor de la habitación, un perfume denso del que yo no podía prescindir ya, con un algo dulce y tenebroso, como los vínculos que nos tenían atados.

Esta noche, en el antiguo vestíbulo del Majestic se celebra la reunión semanal de la asociación Tierras Lejanas. En vez de subir a mi habitación, podría quedarme en una de las sillas de madera —como las que hay en las glorietas— y oír al conferenciante entre el centenar de personas que se han reunido aquí y que llevan todas en la solapa del abrigo un redondel blanco donde pone T. L. en letras azules. Pero no quedan sitios libres y me escurro, pegado a la pared, hasta las escaleras.

Mi habitación hoy se parece a la de la pensión Sainte-Anne, en la calle de Caffarelli. Flota en ella el mismo olor en invierno, por la humedad de los muebles, de la madera vieja y del cuero viejo. A la larga, nos contagiamos de los sitios, pero en la calle de Caffarelli, con Sylvia, mi estado de ánimo era otro. En la actualidad me da con frecuencia la impresión de que me estoy pudriendo en el sitio. Intento entrar en razón. Al cabo de un rato esa impresión se desvanece y solo queda un desapego, una sensación de calma y de liviandad. Ya nada tiene importancia. En la temporada de la calle de Caffarelli a veces me sentía desalentado, pero el porvenir se me aparecía con colores halagüeños. Acabaríamos por salir de aquella situación delicada en que estábamos. Niza no era para nosotros sino una etapa. No tardaríamos en irnos lejos, al extranjero. Me hacía ilusiones. No sabía aún que esta ciudad era un pantano y que poco a poco me iría quedando atrapado en él. Y que el único itinerario que iba a recorrer en todos estos años sería el que va de la calle de Caffarelli al bulevar de Cimiez, donde vivo ahora.

La mañana en que llegó Sylvia era domingo. Fuimos a sentarnos en la terraza de un café del Paseo de los Ingleses a media tarde, esa misma terraza desde la que vi la otra tarde a Villecourt con el bolso de cuero en bandolera. Había acabado por unirse a las sombras que pasaban ante nosotros a contraluz, esos hombres y esas mujeres que a Sylvia y a mí nos parecían tan viejos… Me entra el miedo al cerrar la puerta de mi habitación. Me pregunto si a partir de ahora no soy ya uno de los suyos. Esa tarde se tomaban despacio el té en las mesas que estaban cerca de la nuestra. Sylvia y yo los observábamos, a ellos y a los otros, que seguían desfilando por el Paseo de los Ingleses. Un domingo de invierno a última hora. Y sé que estábamos pensando lo mismo: habría que dar, entre todas esas personas que deambulan a la misma hora por toda la Costa Azul, con alguien a quien venderle la Cruz del Sur.

Estuvo lloviendo varios días seguidos. Yo iba por la prensa al kiosco que está pegado a los jardines de Alsace-Lorraine y volvía a la pensión Sainte-Anne bajo la lluvia. La dueña daba de comer a los pájaros. Llevaba una gabardina vieja y se había puesto a la cabeza, anudado a la barbilla, un pañuelo para protegerse de la lluvia. Era una mujer de unos sesenta años, de porte elegante. Hablaba con acento parisino. Me hacía una seña con el brazo y me decía: «Buenos días», luego seguía abriendo las jaulas una a una, repartiendo grano, volviendo a cerrar las jaulas. ¿Qué azar la había hecho a ella encallar en Niza?

Por la mañana, al despertarnos, cuando oíamos las gotas de lluvia tamborilear en el tejado de zinc del pequeño cobertizo del jardín, sabíamos que todo el día iba a ser así y a veces nos quedábamos en la cama hasta media tarde. Preferíamos, para salir, esperar a que cayera la noche. De día, la lluvia en el Paseo de los Ingleses, en las palmeras y los edificios claros dejaba en el corazón un sentimiento de tristeza. Y esta calaba las paredes y el decorado de opereta y los colores de pastelería no tardarían en estar completamente empapados. La noche borraba esa desolación gracias a las luces y a los neones.

La primera vez que tuve la impresión de que estábamos pillados en una trampa en esta ciudad fue bajo la lluvia, en la calle de Caffarelli, cuando iba por la prensa. Pero nada más regresar me volvía la confianza. Sylvia leía una novela policiaca con el busto apoyado en los barrotes de la cama y la cabeza inclinada. Mientras estuviera conmigo, no tenía nada que temer. Llevaba un jersey de cuello vuelto gris claro, muy ceñido, que la hacía parecer aún más grácil y contrastaba con el pelo negro y el resplandor azul de la mirada.

—¿No viene nada en los periódicos? —me preguntaba.

Yo los hojeaba sentado a los pies de la cama.

—No. Nada.

Todo acaba por mezclarse. Las imágenes del pasado se enmarañan en una masa liviana y transparente que se estira, se hincha y adopta la forma de un globo irisado a punto de estallar. Me despierto sobresaltado y con el corazón palpitante. El silencio me aumenta la angustia. Ya no oigo al conferenciante de Tierras Lejanas cuya voz monótona transmitía un micrófono hasta mi habitación. Esa voz y la música del documental que vino a continuación —seguramente sobre el Pacífico, por lo del llanto de las guitarras hawaianas— me acunaban, y me había quedado dormido.

Ya no sé si conocimos a los Neal antes o después de que llegase Villecourt a Niza. Por más que busco en la memoria e intento dar con puntos de referencia, no consigo desenredar los dos acontecimientos. Por lo demás, no hubo ningún acontecimiento. Nunca. Esa palabra no es la adecuada. Sugiere algo muy brusco y espectacular. Pero de eso nada. Todo sucedió con suavidad, de forma imperceptible, igual que se bordan despacio en el cañamazo los motivos de un tapiz, igual que desfilaban los transeúntes por la acera del Paseo de los Ingleses ante nosotros.

A eso de las seis de la tarde, estábamos sentados en una mesa de la terraza acristalada del Queenie. La luz malva de las farolas titubeaba. Era de noche. Esperábamos, sin saber muy bien qué. Éramos iguales que cientos y cientos de personas que, en el transcurso de los años, habían esperado también sentadas en esa misma terraza del Paseo: refugiados en la zona libre, exiliados, ingleses, rusos, *gigolos*, *crupiers*, corsos del Palais de la Méditerranée. Algunos llevaban cuarenta años sin cambiar de sitio y se tomaban el té en las mesas próximas a la nuestra con gestos breves y entrecortados. ¿Y el pianista? ¿Desde cuándo llevaba desgranando sus notas de cinco a ocho de la tarde al fondo del local? Tuve la curiosidad de preguntárselo. De toda la vida, me dijo. Respuesta evasiva, como de alguien que sabe demasiado y quiere ocultar un secreto comprometedor. En resumidas cuentas, era un individuo de nuestro estilo, del de Sylvia y mío. Y siempre que nos veía entrar nos hacía una seña de complicidad: una inclinación amistosa de la cabeza o unos cuantos acordes que tocaba con fuerza en el teclado.

Esa noche nos quedamos hasta más tarde que de costumbre en la terraza. Los clientes se habían ido poco a poco y solo quedábamos nosotros y el pianista. Era un rato de vacío mientras llegaban los primeros clientes a cenar. Los camareros estaban acabando de poner las mesas en la zona «restaurante» del establecimiento. Y nosotros no sabíamos muy bien qué hacer para llenar esa velada. ¿Volver a nuestra habitación de la pensión Sainte-Anne? ¿Ir a la sesión de noche del cine Le Forum? ¿O quedarnos esperando, sin más?

Se sentaron en una mesa cerca de la nuestra. Se habían colocado juntos, de cara a nosotros. Él tenía un aspecto más bien dejado con aquella cazadora de ante y la cara demacrada, como si volviera de un largo viaje durante el que hubiera pasado cuarenta y ocho horas sin dormir. Ella, por el contrario, iba muy arreglada: el peinado y el maquillaje permitían suponer que iba a una fiesta. Llevaba un abrigo de pieles que debía de ser de marta cibelina.

Todo ocurrió de la forma más trivial y más natural. Creo que Neal vino a pedirme fuego al cabo de un momento. Con la excepción de ellos y de nosotros, no había nadie más en la terraza y cayeron en la cuenta de que era hora de cerrar.

—¿Así que ni siquiera se puede beber algo? —dijo Neal sonriente—. ¿Nos tienen del todo abandonados?

Un camarero fue hacia su mesa con paso desganado. Recuerdo que Neal pidió un café doble, lo que me ratificó en la idea de que llevaba mucho sin dormir. Al fondo del todo, el pianista pulsaba las mismas teclas, seguramente para comprobar si el instrumento estaba bien afinado. No aparecía ningún cliente para cenar. Dentro del local, los camareros esperaban, petrificados. Y esas notas de piano, siempre las mismas… Caía la lluvia sobre el Paseo de los Ingleses.

—No puede decirse que haya un ambientazo —comentó Neal.

Ella fumaba en silencio, a su lado. Nos sonreía. Entre Neal y yo se inició una conversación:

—¿Viven en Niza?

—¿Y ustedes?

—Sí. ¿Están aquí de vacaciones?

—En Niza es una lata que llueva.

—Ya podría tocar otra cosa —dijo Neal—. Me da dolor de cabeza…

Se levantó, entró en el local y se acercó al pianista. Su mujer seguía sonriéndonos. Cuando Neal regresó, estábamos oyendo los primeros compases de «Strangers in the Night».

—¿Les apetece esta música? —nos preguntó.

El camarero trajo las consumiciones y Neal nos propuso que tomásemos algo con ellos. Y Sylvia y yo acabamos en su mesa. Ni la palabra «acontecimiento» ni la palabra «encuentro» encajan aquí. No nos encontramos con los Neal. Se metieron en nuestras redes. Si no hubieran sido los Neal esa noche, habrían sido otras personas, al día siguiente o al otro. Sylvia y yo llevábamos días y días sin movernos en lugares de paso: locales y bares de hoteles, terrazas de los cafés del Paseo de los Ingleses… Hoy me parece que estábamos tejiendo una tela de araña invisible y gigantesca y esperando a que alguien cayese en ella.

Los dos tenían un leve acento extranjero. Acabé por preguntar:

—¿Es usted inglés?

—Estadounidense —me dijo Neal—. Mi mujer es inglesa.

—Me crie en la Costa Azul —rectificó ella—. No soy inglesa del todo.

—Y yo no soy del todo estadounidense —dijo Neal—. Llevo mucho viviendo en Niza.

Se olvidaban de nuestra presencia y luego, al momento siguiente, nos hablaban con una amabilidad cálida. Esa mezcla de distracción y euforia la explicaba en el caso de él ese estado de trance que es consecuencia de un cansancio extremado y del desfase horario: ayer todavía estaba en Estados Unidos, nos decía, y su mujer había ido a recogerlo aquella misma tarde al aeropuerto de Niza. Ella no esperaba que fuera a regresar tan pronto. Se disponía a salir con unos amigos cuando llamó él desde el aeropuerto. Por eso llevaba aquel vestido de noche y aquel abrigo de pieles.

—De vez en cuando tengo que hacer un viaje a los Estados Unidos —explicaba él.

También ella parecía estar flotando. ¿Sería por el Martini que se había bebido de un trago? ¿O por ese toque soñador y excéntrico de las inglesas? Otra vez la imagen de la tela de araña invisible que habíamos tejido Sylvia y yo se me vino a la cabeza. Habían acudido para caer en ella en un estado de resistencia menguada. Yo intentaba recordar cómo habían aparecido en aquella terraza de café. ¿No tenían la expresión algo extraviada y vacilaban al andar?

—Creo que no voy a tener fuerzas para ir a casa de tus amigos —le dijo Neal a su mujer.

—No tiene importancia. Les diré que no voy.

Él se tomó un tercer café.

—Me encuentro mejor… La verdad es que resulta muy agradable volver a estar en tierra firme… No aguanto los aviones…

Sylvia y yo cruzamos una mirada. No sabíamos si debíamos despedirnos. O quedarnos con ellos. ¿Les apetecía conocernos más?

Las luces de la terraza acristalada se apagaron con un chasquido del interruptor, menos las del local del restaurante, que nos envolvían en una semipenumbra.

—Si lo he entendido bien, nos están echando —dijo Neal.

Rebuscó en los bolsillos de la cazadora.

—Qué cosa más tonta… No llevo dinero francés.

Me disponía a pagar las consumiciones, pero la mujer de Neal ya había sacado del bolso un fajo de billetes y estaba dejando uno, al desgaire, encima de la mesa.

Neal se levantó. En aquella penumbra tenía la cara chupada, cara de cansancio.

—Es hora de volver a casa. Ya no me tengo en pie.

Su mujer lo cogió del brazo y nosotros fuimos detrás.

Tenían el coche aparcado algo más allá, en el Paseo de los Ingleses, precisamente a la altura de ese banco iraní cuya luna polvorienta indicaba que llevaba mucho cerrado.

—Encantado de haberlos conocido —nos dijo Neal—. Pero tiene gracia… Me daba la impresión de que ya nos habíamos visto antes…

Y miraba a Sylvia con insistencia. De eso me acuerdo muy bien.

—¿Quieren que los dejemos en algún sitio? —preguntó su mujer.

Les dije que no merecía la pena. Me dio miedo que Sylvia y yo ya no pudiéramos quitárnoslos de encima. Me acordé de esos borrachos que se te pegan como lapas y quieren llevarte a todos los bares para

tomar la última copa. Con frecuencia, se ponen agresivos. Y, no obstante, ¿qué tenían en común unos vulgares borrachos y los Neal? Ellos eran tan distinguidos, tan serenos…

—¿En qué barrio viven? —preguntó Neal.

—Por la zona del bulevar de Gambetta.

—Nos pilla de camino —dijo su mujer—. Los llevamos si quieren…

—De acuerdo —dijo Sylvia.

Y me sorprendió su tono categórico. Me tiraba del brazo, como si quisiera meterme a la fuerza en el coche de los Neal. Acabamos los dos en el asiento de atrás. La mujer de Neal iba al volante.

—Prefiero que conduzcas tú —dijo Neal—. Estoy tan cansado que podríamos acabar a saber dónde.

Pasamos por delante del Queenie, que tenía todas las luces apagadas; luego, por delante del Palais de la Méditerranée. Unas verjas cegaban los soportales y el edificio, de ventanas ciegas y persianas caídas, parecía abocado a la demolición.

—¿Viven en un piso? —nos preguntó la mujer de Neal.

—No. Por ahora vivimos en un hotel.

Había aprovechado el semáforo en rojo de la calle de Cronstadt para volverse a mirarnos. Olía a pino y me pregunté si ese olor era el de su piel o el de su abrigo de pieles.

—Nosotros vivimos en una villa —dijo Neal— y estaríamos encantados de invitarlos.

Con el cansancio tenía la voz más sorda y se le notaba más el acento extranjero.

—¿Van a estar en Niza mucho tiempo? —preguntó la señora Neal.

—Sí, estamos de vacaciones —dije.

—¿Viven en París? —preguntó Neal.

¿Por qué nos hacían esas preguntas? Un rato antes, en el café, no habían mostrado una especial curiosidad por nosotros. Me iba intranquilizando poco a poco. Quería hacerle una seña a Sylvia. Nos bajaríamos en el siguiente semáforo en rojo. ¿Y si las puertas estaban bloqueadas?

—Vivimos en la región parisina —dijo Sylvia.

Su tono tranquilo disipó mis temores. La mujer de Neal puso en marcha los limpiaparabrisas porque estaba lloviendo y su movimiento regular acabó de tranquilizarme.

—¿Por Marnes-la-Coquette? —preguntó Neal—. Mi mujer y yo hemos vivido en Marnes-la-Coquette.

—No, qué va —dijo Sylvia—. Al este de París. A orillas del Marne.

Había soltado esa frase como un desafío y me sonreía. Había deslizado la mano en la mía.

—No conozco en absoluto esa zona —dijo Neal.

—Es una zona con un encanto muy suyo —dije.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Neal.

—En La Varenne-Saint-Hilaire —dijo Sylvia con voz rotunda.

¿Y por qué no íbamos a contestar a las preguntas de la forma más natural? ¿Por qué íbamos a tener que mentir?

—Pero no pensamos volver por allí —añadí yo—. Querríamos quedarnos en la Costa Azul.

—Hacen bien —dijo Neal.

Me sentía aliviado. Sylvia y yo llevábamos tanto tiempo sin hablar con nadie que al final andábamos dando vueltas por aquella ciudad como en una jaula. Pero desde luego que no éramos unos apestados. Podíamos charlar con quien fuera e incluso entablar nuevas relaciones.

El coche se metió por la calle de Caffarelli y le indiqué a la señora Neal el portón de la Villa Sainte-Anne.

—No es un hotel —dijo Neal.

—No. Una pensión.

Me arrepentí en el acto de esa frase, que corría el riesgo de despertar alguna desconfianza en ellos. A lo mejor tenían prejuicios contra las personas que vivían en pensiones.

—¿Es cómoda, por lo menos? —preguntó Neal.

No, aparentemente no sentía ningún prejuicio de ese tipo, sino más bien cierta simpatía por nosotros.

—Es algo provisional —dijo Sylvia—. Esperamos encontrar alguna otra cosa.

El coche se había detenido delante de la pensión Sainte-Anne. La señora Neal había parado el motor.

—Podríamos ayudarlos a encontrar otro sitio para vivir —dijo Neal con voz distraída—. ¿Verdad, Barbara?

—Desde luego —dijo la señora Neal—. Deberíamos volver a vernos.

—Les doy nuestra dirección —dijo Neal—. Pueden llamarnos cuando quieran.

Sacó una cartera del bolsillo y, de esa cartera, una tarjeta de visita que me alargó.

—Hasta pronto… Espero volver a verlos dentro de nada.

La señora Neal se volvió hacia nosotros.

—Estoy verdaderamente encantada de haberlos conocido…

¿Era sincera de verdad? ¿O se trataba solo de una frase cortés?

Ambos nos miraban en silencio, en la misma postura, con las caras juntas.

Yo no sabía qué decir. Sylvia tampoco. Creo que a ellos les habría parecido natural que nos quedásemos en el coche y que todo les daba lo mismo. Habrían recibido bien cualquier propuesta que les hubiéramos hecho. Nos correspondía a nosotros tomar la iniciativa. Abrí la puerta del coche.

—Hasta pronto —dije—. Y gracias por habernos traído.

Antes de abrir la verja, me volví hacia ellos y eché una ojeada a la matrícula del coche. Al ver las dos letras CD me dio un vuelco el corazón. Quería decir CUERPO DIPLOMÁTICO, pero por un momento muy breve confundí esa matrícula con la de un coche de la policía y pensé que Sylvia y yo habíamos caído en una trampa.

—Es un coche que nos han prestado unos amigos —dijo Neal con tono divertido.

Asomaba la cabeza por la ventanilla y me sonreía. Había debido de notar mi expresión de asombro al ver la placa de la matrícula. Por mucho que empujara yo la verja, la puerta no se movía. Giraba y giraba el picaporte. Por fin cedió de repente al darle con el hombro.

Cerramos la verja al entrar y Sylvia y yo no pudimos por menos de mirarlos una vez más. Estaban en el coche, uno junto a otro, inmóviles, como petrificados.

Volvimos a encontrarnos con el olor a humedad y a moho de la habitación. Muchas veces, cuando volvíamos, después de esos días vacíos, notábamos tal sensación de soledad que esa humedad y ese moho nos empapaban. Estábamos pegados uno a otro en aquella cama cuyos resortes y cobres chirriaban y habíamos acabado por convencernos de que incluso la piel la teníamos impregnada de ese olor. Habíamos comprado sábanas y las habíamos perfumado con lavanda. Pero el olor no se iba.

Aquella noche todo era diferente. Por primera vez desde que habíamos llegado a Niza habíamos roto ese círculo mágico que nos aislaba y nos asfixiaba poco a poco. De pronto aquella habitación parecía provisional. Ni siquiera necesitábamos ya abrir las ventanas para ventilarla, ni envolvernos en las sábanas perfumadas con lavanda. Manteníamos el olor a distancia.

Apoyé la frente en el cristal de la ventana y le hice una seña a Sylvia para que viniera a mi lado. Detrás de la verja del jardín, el coche de los Neal seguía allí plantado y con el motor parado. ¿Qué se estaban diciendo? ¿Qué esperaban? Aquel coche gris y quieto, ¿suponía una amenaza? Ya veríamos por qué camino tiraban las cosas. Cualquier cosa valía más que esa postración en que nos habíamos dejado caer.

El motor se puso en marcha. Otro rato largo y el coche arrancó y desapareció luego por la esquina de la calle de Caffarelli y la avenida de Shakespeare.

Ahora tengo la seguridad: Villecourt apareció después de nuestro primer encuentro con los Neal. El acontecimiento ocurrió a la semana siguiente. Aún no habíamos vuelto a ver a los Neal, porque pasaron no menos de diez días antes de que consiguiéramos localizarlos por teléfono y quedáramos con ellos.

«Acontecimiento»: tampoco ahora la palabra es oportuna. Era de esperar que nos cruzásemos con Villecourt en nuestro camino.

Las mañanas de sol íbamos a leer la prensa a un banco de los jardines de Alsace-Lorraine, cerca del tobogán y de los columpios. Al menos allí nadie se fijaría en nosotros. Para almorzar tomábamos unos bocadillos en un café de la calle de France. Luego cogíamos un autobús hasta Cimiez o hasta el puerto y nos paseábamos por el césped de los jardines de Les Arènes o por las calles del casco antiguo de Niza. A eso de las cinco de la tarde, en la calle de France, comprábamos novelas policiacas de segunda mano. Y como la perspectiva de volver a la pensión Sainte-Anne nos resultaba agobiante, nuestros pasos nos llevaban siempre al Paseo de los Ingleses.

En el marco del ventanal, las verjas y las palmeras del jardín del museo Masséna se perfilan sobre el fondo del cielo. Un cielo de un azul límpido o un cielo rosa de crepúsculo. Las palmeras, poco a poco, se vuelven sombras antes de que la farola de la esquina del Paseo con la calle de Rivoli proyecte sobre ellas una luz fría. A veces, todavía entro en ese bar por la puerta de madera maciza de la calle de Rivoli para evitar el paso por el vestíbulo del hotel. Y siempre me siento de cara al ventanal. Como aquel atardecer con Sylvia. No apartábamos los ojos de ese ventanal. El cielo claro y las palmeras contrastaban con la semipenumbra del bar. Pero al cabo de un momento se adueñó de mí una inquietud, una sensación de ahogo. Estábamos presos en una pecera y mirábamos a través de su cristal el cielo y la vegetación del exterior. Nunca seríamos capaces de respirar al aire libre. Me alivió que cayera la noche y oscureciera el ventanal. Entonces se encendían todas las luces del bar y, bajo esas luces fuertes, la inquietud se desvanecía.

Detrás de nosotros, al fondo del todo, la puerta metálica de un ascensor se corría despacio y franqueaba el paso a clientes del hotel que bajaban de sus habitaciones. Se sentaban en las mesas del bar. Yo acechaba siempre ese deslizarse lento y silencioso y la aparición de los clientes igual que si hubiera estado vigilando un sistema de relojería cuya regularidad me tranquilizaba.

Se abrió la puerta metálica y apareció una silueta con traje gris oscuro que reconocí en el acto. No me atrevía ni a hacerle una seña con la cabeza a Sylvia para que viera también ella al hombre que salía del ascensor: Villecourt.

Nos daba la espalda y se dirigía hacia el vestíbulo del hotel. Cruzó la puerta de salida del bar y ya no había ningún riesgo de que reparase en nuestra presencia. Le susurré a Sylvia:

—Ahí está.

No perdió la sangre fría. Hubiérase dicho que estaba preparada para esa eventualidad. Yo también, por lo demás.

—Voy a comprobar si es de verdad él…

Sylvia se encogió de hombros como si no valiera la pena.

Crucé el vestíbulo del hotel y me aposté tras la puerta vidriera. Estaba en la acera, en la esquina del Paseo de los Ingleses con la calle de Rivoli, en el sitio donde esperan los coches grandes de alquiler. Estaba hablando con uno de los conductores. Se sacaba algo del bolsillo, pero yo no divisaba qué: ¿un carnet? ¿Una fotografía? ¿Le pedía que lo llevase a una dirección concreta? ¿O le estaba enseñando fotos nuestras con la esperanza de que aquel conductor con cara de garduña hubiese reparado en nosotros?

Fuera como fuese, el conductor movía la cabeza y Villecourt le daba disimuladamente una propina. Luego cruzó la calzada con el semáforo en rojo. Se alejaba con paso indolente por el Paseo, por la izquierda, hacia los jardines de Albert-Ier.

Desde la cabina del bulevar de Gambetta llamé por teléfono al Hotel Negresco.

—¿Podría hablar con el señor Villecourt?

Al cabo de un instante, respondió el portero:

—No hay ningún señor Villecourt en el hotel.

—Claro que sí… Acabo de verlo en el bar… Lleva un terno gris oscuro…

—Todo el mundo lleva un terno gris oscuro, caballero.

Colgué.

—No está en el Negresco —le dije a Sylvia.

—¿Qué importancia tiene que esté o que no esté?

¿Le habría dado instrucciones al portero? ¿O bien un apellido diferente? Era terrible no poder localizarlo y notar su presencia en todas las esquinas.

Fuimos a cenar al café que está al lado del cine Le Forum. Habíamos decidido comportarnos como si Villecourt no fuera una amenaza para nosotros. Si, por casualidad, nos lo encontrábamos y quería hablar con nosotros, fingiríamos que no lo conocíamos. ¿Fingir? Bastaba con persuadirnos de que éramos unas personas diferentes, ni ese Jean ni esa Sylvia que habían rondado tanto tiempo atrás por las orillas del Marne. No teníamos ya nada en común con esos dos. Y Villecourt no podría demostrar lo contrario. Para empezar, Villecourt no era nada.

Después de la cena buscamos un pretexto para no volvernos enseguida a nuestra habitación. Habíamos sacado dos butacas de anfiteatro en el cine Le Forum.

Y antes de que se apagasen las luces en la sala tapizada de terciopelo rojo antiguo y de que el telón de los anuncios locales cediese el sitio a la pantalla, le hicimos una seña a la acomodadora para que fuera a llevarnos dos helados de palito.

Pero, al salir del cine, yo notaba la presencia difusa de Villecourt. Era como el olor a humedad de la habitación, algo de lo que no podríamos librarnos nunca. Lo llevábamos pegado. Por cierto que Sylvia llamaba a veces a Villecourt «el ruso pegajoso» porque aseguraba que su padre era ruso. Otra mentira más.

Íbamos despacio bulevar de Gambetta arriba, por la acera de la izquierda. Al pasar delante de la cabina de teléfonos, me entraron ganas de llamar a los Neal. Hasta el momento, nadie cogía el teléfono en su casa. A lo mejor los llamábamos siempre a mala hora o se habían ido de Niza. Casi me habría sorprendido que contestasen, de tan enigmáticos y vaporosos como los recordaba… ¿Existían de verdad? ¿O no eran más que un espejismo fruto de nuestro estado de soledad extrema? Y, sin embargo, me habría reconfortado oír unas voces amistosas. Habrían vuelto la presencia de Villecourt en Niza menos opresiva.

—¿En qué piensas? —me preguntó Sylvia.

—En «el ruso pegajoso».

—Al ruso, que le den…

La cuesta poco empinada de la calle de Caffarelli. Ni un coche. Ni un ruido. Quedaban unas cuantas villas entre los edificios de pisos: una de ellas de aspecto florentino, rodeada de un jardín grande. Pero en la verja un cartel con el nombre de una compañía inmobiliaria anunciaba su próxima demolición para dejarle el sitio a un edificio de lujo del que podía visitarse ya, al fondo del jardín, el «piso piloto». En una placa de mármol que se estaba deshaciendo leí «Villa Bezobrazoff». Allí habían vivido unos rusos. Le señalé la placa a Sylvia.

—¿Crees que eran familia de Villecourt?

—Habría que preguntárselo.

—A lo mejor el señor Villecourt padre venía a tomar el té a casa de los Bezobrazoff cuando era joven…

Dije esa frase con el tono solemne de un chambelán. Sylvia se echó a reír.

En la planta baja de la pensión todavía había luz en la sala. Anduvimos lo más despacio posible para que no crujiera la grava. Yo había dejado las ventanas de la habitación abiertas y el aroma de las hojas mojadas y de la madreselva se mezclaba con el olor a humedad. Pero poco a poco el olor iba siendo el más fuerte.

El diamante brillaba con un reflejo de luna en la piel de Sylvia. ¡Qué duro y qué frío era comparado con aquella piel suave, como si pareciera indestructible pegado a aquel cuerpo grácil y conmovedor…! Más que el olor de la habitación, más que Villecourt rondándonos, ese diamante que chispeaba en la semipenumbra era de pronto para mí la señal rutilante de un mal de ojo que padecíamos. Quise quitárselo, pero no conseguía dar con el broche de la cadena por detrás del cuello.

El incidente ocurrió dos días después en los soportales de la plaza de Masséna.

Volvíamos a pie de los jardines de Albert-Ier cuando nos topamos con Villecourt. Salía de la librería La Maison de la Presse. Llevaba el traje gris oscuro que le había visto en el bar del hotel. Giré la cabeza en el acto y tiré de Sylvia apretándole el brazo.

Pero nos había localizado entre los transeúntes, bastante numerosos, de aquel sábado por la tarde. Se nos acercaba, empujando a las pocas personas que nos separaban de él, con los ojos desorbitados y la mirada fija. Con las prisas, se le habían caído los periódicos que llevaba apretados con el codo.

Sylvia me obligó a aflojar el paso. Parecía muy tranquila.

—¿Le tienes miedo al ruso?

Se esforzaba por sonreír. Nos estábamos metiendo por la calle de France. Villecourt caminaba a unos diez metros de nosotros, porque lo había retrasado un grupo de turistas que salían de una pizzería. Nos alcanzó.

—Jean… Sylvia…

Nos interpelaba con tono falsamente amistoso, pero nosotros seguíamos andando sin hacerle caso. Iba pisándonos los talones.

—¿No queréis hablar conmigo? Vaya tontería…

Me puso una mano en el hombro y la presión de esa mano se hizo muy firme. Entonces me volví a mirarlo. Sylvia también. Estábamos los dos, inmóviles, ante él. Debió de leerme en los ojos algo que lo intranquilizó porque me miraba con una especie de temor.

De buena gana lo habría aplastado como a una cucaracha si hubiera sido posible y me habría notado acto seguido como un nadador que vuelve a la superficie.

—¿Qué? ¿Ni siquiera hay alguien que me diga hola?

Sí, si hubiéramos estado solos seguramente lo habría matado de una forma u otra, pero en esa zona peatonal de la calle de France, un sábado, en plena tarde, los transeúntes, que eran cada vez más numerosos, se agolparían a nuestro alrededor al menor incidente.

—¿Ya no reconocemos a los viejos amigos?

Sylvia y yo andábamos más deprisa. Pero él no dejaba de seguirnos, se nos pegaba.

—Solo cinco minutos para beber algo… y hablar un poco…

Apretábamos el paso. Nos alcanzaba, nos adelantaba, intentaba cortarnos el paso. Pegaba saltitos delante de nosotros como un jugador de fútbol que trata de hacerse con el balón. Su sonrisa me exasperaba.

Quise apartarlo con un ademán del brazo, me pasé en el alcance del gesto y le di con el codo en los labios. Sangraba. Me daba la impresión de que había ocurrido algo irremediable. Los transeúntes ya se estaban volviendo a mirar a Villecourt, a quien le corría la sangre por la barbilla. Pero seguía sonriendo.

—No os vais a librar de mí así como así…

Adoptó un tono más agresivo. Seguía dando saltos, cambiando de pie, delante de nosotros.

—Tenemos problemas que solucionar, ¿o no? Porque, si no, serán los demás quienes los arreglen por nosotros…

Ahora se lo veía dispuesto a llegar a las manos. Me imaginaba a los transeúntes haciendo corro alrededor de nosotros, un corro del que no podríamos escabullirnos ya, a alguien avisando a la policía y el furgón apareciendo por una bocacalle… Eso era seguramente lo que quería Villecourt que pasara.

Volví a empujarlo. Ahora andaba a nuestro lado, con un paso tan veloz como el nuestro. Le goteaba la sangre por el filo de la barbilla.

—Tenemos que hablar… Tengo muchas cosas interesantes que contaros…

Sylvia me había cogido del brazo y nos apartábamos de él, pero en el acto, igual que un pulpo, volvía a pegarse a mí.

—No podéis ir por libre… Yo existo… Tenemos que arreglarlo todo entre nosotros… Si no, se meterán por medio los otros…

Me seguía estrujando la muñeca con una presión que pretendía que fuera amistosa. Para zafarme, le di un fuerte golpe en las costillas con el antebrazo. Soltó un quejido.

—¿Queréis que monte un escándalo en plena calle? ¿Que grite «Al ladrón»?

Hacía una mueca rara que le torcía la nariz.

—Me vais a encontrar siempre en vuestro camino… A menos que podamos llegar a un acuerdo… Es la

única forma de impedir que intervengan los otros…

Echamos a correr. Gracias al efecto sorpresa, le sacamos un cuerpo de ventaja. Villecourt le dio un empujón a alguien mientras nos perseguía y enseguida se interpusieron dos hombres y empezaron a increparlo. Nos metimos precipitadamente por una puerta cochera. Por una callejuela y el patio interior de un edificio volvimos al Paseo de los Ingleses.

En la cabina de teléfonos del bulevar de Gambetta volví a marcar el número de los Neal. Los timbrazos sonaban uno tras otro sin que contestase nadie. No queríamos volver a la pensión, Sylvia y yo, y teníamos la esperanza de que los Neal nos invitasen a su casa. Allí estaríamos fuera del alcance de Villecourt.

Pero, al cabo de un momento, en la acera soleada, entre los grupos de paseantes que iban hacia el mar, ese incidente nos pareció irrisorio. No había razón alguna para tomar precauciones. También nosotros, igual que los demás, podíamos disfrutar de aquel templado día de invierno. Villecourt, pese a todos sus esfuerzos, no conseguiría entrometerse en nuestra nueva vida. Estaba caduco.

—Pero ¿por qué daba saltos delante de nosotros? —me preguntó Sylvia—. No parecía estar muy normal…

—No. No parecía hallarse muy normal.

Esa forma de seguirnos y esas amenazas proferidas sin gran convicción revelaban un desgaste. No tenía ya mucha entidad real. Incluso la sangre que le había brotado de los labios y le había inundado la barbilla no parecía sangre de verdad, sino un artificio cinematográfico. Y nosotros nos habíamos librado de él con una facilidad desconcertante.

Escogimos un banco de los jardines de Alsace-Lorraine, al sol. Unos niños se tiraban por el tobogán verde; otros jugaban en el arenero; otros, a horcajadas en los tablones de los balancines, subían, bajaban, subían, con un movimiento regular de metrónomo que, al final, nos embotaba. Si Villecourt pasaba por aquí, no nos vería entre todas esas personas pendientes de sus niños. E incluso aunque nos localizase entre ellas, ¿qué más daba? Ya no estábamos en el escenario turbio de las orillas del Marne, donde se alza del agua estancada un tufo de cieno. El cielo estaba demasiado azul esa tarde, las palmeras eran demasiado altas y las fachadas de los edificios demasiado blancas y demasiado rosadas para que un fantasma como Villecourt resistiera esos colores estivales. No lo aguantaría. Se esfumaría en el aire, en el que flotaba un aroma de mimosas.

Paso a veces por delante de la villa donde vivían los Neal. Está en el bulevar de Cimiez, a la derecha, unos cincuenta metros antes de llegar al cruce en que se alza la fachada del antiguo Hotel Regina. Es una de las pocas viviendas particulares que quedan en el barrio. Pero seguramente esos vestigios desaparecerán también cuando les llegue el turno. El progreso no se detiene.

En eso estaba pensando la otra mañana, al volver del paseo que había dado por Cimiez hasta los jardines de Les Arènes. Me detuve delante de la villa. Llevan algún tiempo construyendo un edificio en la parte del jardín que estaba abandonada. Me pregunto si acabarán por derribar la propia villa o si la conservarán como dependencia del edificio nuevo. A lo mejor tiene ocasión de seguir existiendo: no está del todo decrépita y parece un Pequeño Trianón del gusto de la década de 1930, con esas puertas vidriera en forma de arco.

Apenas se la ve, porque sobresale por encima del bulevar. Hay que situarse en la acera de enfrente, en la esquina con la avenida de Édouard-VII, para verla bien, asomando de la elevada tapia con balaustrada. En medio de la parte baja de la tapia han abierto un hueco con una verja de hierro forjado detrás de la cual unas escaleras de piedra en el flanco del talud conducen a la escalinata de la fachada de la villa.

La verja está siempre abierta para permitir el paso a las obras. En la tapia han clavado un cartel blanco donde pueden leerse el nombre de la compañía inmobiliaria, los del arquitecto y los contratistas y la fecha del permiso de edificación. El edificio va a llamarse como la villa: «Castillo Azul». La propietaria es la sociedad
S. E. F. I. C.
, de Niza, en la calle de
Tonduti-del'Escarène.

Un día me presenté en esa dirección para saber el nombre de la persona a quien había comprado la sociedad
S. E. F. I. C.
el Castillo Azul y me dieron unos cuantos detalles que ya conocía. La villa había pertenecido, entre otros propietarios, a la embajada norteamericana, que se la alquilaba a particulares. Me daba cuenta de que esa indagación mía le parecía de lo más indiscreta —e incluso sospechosa— al agente inmobiliario, afable y rubio, que me había recibido y no insistí.

Qué más daba. Mucho antes de que la sociedad
S. E. F. I. C.
entrase en posesión del Castillo Azul y llevase a cabo la operación inmobiliaria, yo había intentado enterarme de más cosas. Pero, igual que en ese despacho de la calle de
Tonduti-de-l'Escarène,
mis preguntas habían quedado, en realidad, sin respuesta.

Hace ya casi siete años la villa tenía todavía su aspecto habitual. No había obras, no había un cartel en la tapia alta y con balaustrada. La verja de la entrada estaba cerrada. Aparcado al filo de la acera, el automóvil gris en cuya matrícula estaban las letras
CD.
Era el mismo coche en que nos acompañaron los Neal a Sylvia y a mí a la pensión Sainte-Anne la noche en que los conocimos. Llamé a la puerta de la verja de la villa. Apareció un hombre moreno de unos cuarenta años, con traje azul marino:

—¿Qué pasa?

Me hizo la pregunta con mucha brusquedad y con acento parisino.

—He reconocido el coche de uno de mis amigos —le dije señalando el coche gris—. Quería saber qué era de su vida.

—¿De quién?

—Del señor Neal.

—Se equivoca, caballero. Es el coche del señor Condé-Jones.

Estaba detrás de la verja y me miraba con toda la atención de que era capaz, para calibrar bien el potencial peligro que podía representar yo.

—¿Está completamente seguro de que este coche es de ese señor?

—Desde luego. Soy su chófer.

—Y, sin embargo, mi amigo vivía aquí…

—Se equivoca, caballero… Esta casa pertenece a la embajada estadounidense.

—Pero mi amigo era estadounidense…

—En esta casa vive el cónsul estadounidense, el señor Condé-Jones…

—¿Desde cuándo?

—Hace dos meses, caballero.

Desde detrás de la verja, me miraba como si yo no estuviera del todo bien de la cabeza.

—¿Podría ver a ese señor?

—¿Tiene cita?

—No. Pero soy ciudadano estadounidense y necesito que me aconseje.

La ciudadanía estadounidense que me estaba atribuyendo le inspiraba, de golpe, confianza.

—En tal caso, puede ver al señor Condé-Jones ahora si así lo desea. Es la hora en que recibe.

Me abrió la verja y se apartó para dejarme pasar con todo el respeto debido a mi ciudadanía estadounidense. Luego subió las escaleras delante de mí.

Junto a la piscina vacía, delante de la casa, estaba sentado un hombre en uno de los sillones de madera de pino, fumando y con la cara levemente echada hacia atrás, como si quisiera exponerla a los débiles rayos del sol.

No nos oyó llegar.

—Señor Condé-Jones…

El hombre bajó la vista para mirarnos y sonrió con interés.

—Señor Condé-Jones, este señor querría verlo… Es ciudadano estadounidense.

Entonces se puso de pie. Un hombre de corta estatura, corpulento, con el pelo negro planchado hacia atrás, bigote, ojos azules saltones.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Había hecho la pregunta en francés, sin el mínimo acento, con una voz tan suave que fue un lenitivo para mi corazón. La frase que había empleado no se limitaba a expresar simple cortesía sino un interés amabilísimo por los demás. Eso fue al menos lo que creí notarle en la entonación de la voz. Y, además, hacía tanto que no me preguntaba nadie «¿Qué puedo hacer por usted?»…

—Solo quería una información —tartamudeé.

Me miraba benévolamente.

El chófer se había ido y yo notaba una sensación rara junto a aquella piscina.

—He mentido para verlo… He dicho que era ciudadano estadounidense…

—Que sea estadounidense o no, mi querido amigo, no tiene la menor importancia…

—Pues se trata de lo siguiente —le dije—. Quería informarme acerca de las personas que vivieron en esta villa antes que usted.

—¿Antes que yo?

Se volvió y llamó con voz muy alta:

—Paul…

Y el chófer apareció en el acto, como si hubiera estado escondido muy cerca, detrás de un árbol o de una pared.

—¿Puede traernos algo de beber?

—Ahora mismo, señor cónsul.

Condé-Jones me hizo ademán de que me sentase en uno de los sillones de madera de pino. Se acomodó a mi lado. El chófer volvió y dejó a nuestros pies una bandeja con dos vasos llenos de un líquido lechoso. ¿Pastís? Condé-Jones tomó un gran trago.

—Lo escucho… Cuéntemelo todo.

Parecía contento de tener compañía. Seguramente el puesto de cónsul en Niza le dejaba muchos ratos de ocio y tenía que llenarlos con algo.

—Hace algún tiempo, vine mucho por aquí… A ver a una pareja que aseguraban que eran los dueños de esta casa…

No podía contárselo todo, por supuesto. Había decidido ocultarle la existencia de Sylvia.

—¿Y cómo se llamaban esas personas?

—Neal… Él era estadounidense y ella inglesa… Usaban el coche que está aparcado abajo.

—No es mío —me dijo Condé-Jones tras vaciar el vaso de pastís de un trago—. Ya estaba aquí cuando llegué…

Pero el coche no tardó en dejar de estar aparcado delante de la villa. Siempre que iba cuesta arriba hacia Cimiez tenía la esperanza de que estuviera allí, al filo de la acera. No. Llamé una tarde para saber a qué atenerme. Nadie contestó. Llegué a la conclusión de que Condé-Jones se había ido con ese coche gris del cuerpo diplomático y que ningún otro cónsul había llegado al Castillo Azul para sustituirlo. Más adelante, el cartel de la sociedad inmobiliaria

S. E. F. I. C.

en la tapia con balaustrada informaba de que la villa ya no pertenecía a la embajada norteamericana y que lo más seguro era que, a no mucho tardar, ya no hubiera villa.

La última vez que vi a Condé-Jones fue a finales de una tarde de abril. Le había dejado mi dirección y tuvo la amabilidad de enviarme una nota para invitarme y comunicarme que tenía a mi disposición todos los datos sobre la villa Castillo Azul que pudieran, escribía, interesarme.

Estaba en el mismo sitio que el día de nuestra primera entrevista: junto a aquella piscina vacía en cuyo fondo había una alfombra de hojas secas y de piñas. Por lo demás, yo sospechaba que había estado allí, inmóvil, desde el principio de su «entrada en funciones», como decía él, riéndose un tanto de sí mismo. Pues aunque podía jactarse de su título de cónsul, sus «funciones» en Niza eran poco precisas. Sabía que ese puesto era una vía muerta donde lo habían aparcado a la espera del día de su jubilación definitiva.

Pues bien, ese día había llegado. Iba a regresar a Norteamérica tras más de veinte años de leales servicios en la embajada de los Estados Unidos en Francia. Había querido que fuera hoy para ponerme al tanto de las informaciones que me interesaban, pero también —solía emplear expresiones familiares que deformaba levemente— para «remojar la despedida».

—Me marcho mañana —me dijo Condé-Jones—. Voy a dejarle mi dirección de Florida y si tiene ocasión de ir por allí estaré encantado de recibirlo.

Le caía simpático aunque solo nos habíamos visto tres o cuatro veces después del día en que llamé a la puerta de la verja de la villa. Pero a lo mejor fui la única persona que interrumpió su soledad diplomática.

—Lamento irme de la Costa Azul…

Echaba una ojeada pensativa a la piscina vacía y al jardín desatendido que olía a eucalipto.

El chófer nos había servido el aperitivo. Estábamos sentados uno junto a otro.

—Tengo toda la información que quería…

Me alargaba un sobre grande azul.

—He tenido que dirigirme a la embajada de París…

—Le agradezco infinitamente tantas molestias.

—Nada, nada… Me ha parecido todo muy instructivo… Lea este documento con mucha atención… Merece la pena…

Yo me había puesto el sobre en las rodillas. Me dirigió una sonrisa irónica.

—Me dijo que su amigo se llama Neal, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Unos cuarenta años.

—Entonces no ando equivocado… Se trata de una historia de…

Buscaba la palabra. Hablaba un francés impecable pero, de vez en cuando —seguramente una costumbre de diplomático—, vacilaba buscando el término más exacto.

—Una historia de fantasmas…

—¿De fantasmas?

—Sí, sí. Ya lo verá usted mismo.

Por cortesía, no quería abrir el sobre delante de él. Se estaba tomando, a sorbitos, el pastís mientras contemplaba el jardín que teníamos delante, sumergido en los últimos rayos de sol.

—Voy a aburrirme en Estados Unidos… Le había cogido apego a esta casa… Una casa de lo más rara, si nos fiamos de ese documento… Sin embargo, no he oído ningún ruido sospechoso durante mi estancia… No he visto fantasmas de noche… Tengo que confesarle que duermo como un tronco…

Me dio unas palmaditas amistosas en el antebrazo.

—Acierta usted, mi querido amigo, al explorar los misterios de estas casas viejas de la Costa Azul.

Dentro del sobre, dos cuartillas del mismo color azul que este, con membrete de la embajada norteamericana. Las informaciones recopiladas y escritas a máquina en letras de color naranja eran las siguientes: el Castillo Azul del bulevar de Cimiez perteneció en la década de 1930 a un tal E. Virgil Neal,

ciudadano norteamericano, propietario de los productos de belleza y los perfumes Tokalon, cuyas oficinas tenían su sede en París, en el número 7 de la calle de Auber y en el número 183 de la calle de La Pompe, y en Nueva York, en el 27 de West 20th Street. En 1940, al comenzar la Ocupación, Neal regresó a Norteamérica, pero su mujer se quedó en Francia. «La señora Neal, de soltera Bodier, pudo justificar su nacionalidad francesa para ponerse al frente de los negocios de su marido y evitar que las autoridades alemanas colocasen bajo administración provisional la sociedad de productos de belleza y perfumes Tokalon después de entrar en guerra los Estados Unidos».

La situación se complicó en septiembre de 1944 porque «la señora Neal mantuvo, durante la ocupación alemana, en París y en la Costa Azul, relaciones muy estrechas con un tal André Ladd, nacido el 30 de junio de 1916 y cuyo último domicilio conocido es el 53 de la avenida George-V, París VIII, condenado en rebeldía el 21 de marzo de 1948, por colaboración con el enemigo, a una pena de veinte años de trabajos forzados y veinte de prohibición de residencia, a la confiscación de todos sus bienes y a la pérdida de derechos civiles».

Se indicaba en el informe de la embajada que la villa Castillo Azul quedó bajo depósito judicial en septiembre de 1944 «tras la investigación que llevaron a cabo las autoridades jurídicas francesas acerca del llamado André Ladd, íntimo de la señora Neal…». El ejército norteamericano requisó la villa. Llegó luego un acuerdo, en julio de 1948, por el cual «el señor Virgil Neal, director de Tokalon, Manufacturing Chemists and Perfumers, cedía a la embajada de los Estados Unidos en Francia la propiedad de su villa Castillo Azul».

Quedaba especificado que «los señores Neal no habían tenido hijos». Condé-Jones había subrayado esa frase con tinta verde y escrito al margen: «Una de dos. O sus amigos son fantasmas o los señores Neal poseen un elixir de la eterna juventud fabricado en sus laboratorios de Tokalon, Manufacturing Chemists and Perfumers. Cuento con usted para revelarme la clave del enigma. Saludos cordiales».

Pues no lo soñé. Se llamaba efectivamente Virgil Neal. He conservado la tarjeta de visita que me dio en nuestro primer encuentro y en la que apuntó el teléfono de la villa. En la cabina de la avenida de Gambetta, yo me sacaba esa tarjeta de visita del bolsillo antes de marcar el número. Allí estaba, bien claro —lo he vuelto a comprobar esta noche—, sin mención de las señas: Virgil Neal y señora.

Las únicas pruebas de nuestro encuentro con los Neal —pero ¿se llamaban Neal y podemos creer, como sugiere Condé-Jones, en los fantasmas o en un elixir de la eterna juventud?—, los únicos vestigios que me convencen de que no lo soñé, son la tarjeta de visita y una foto de los cuatro —Sylvia, yo y los Neal— que hizo en el Paseo de los Ingleses uno de esos fotógrafos ambulantes que acechan a los turistas.

Todavía me cruzo con ese fotógrafo siempre que paso por delante del antiguo Palais de la Méditerranée, donde está apostado. Me saluda, pero no alza la máquina de fotos para enfocarme. Debe de notar que ya no soy un turista, que ahora formo parte del paisaje hasta el punto de ser un todo con esta ciudad.

El día en que nos hizo la foto, ni Sylvia ni los Neal se dieron cuenta, y él me metió su folleto en la mano. Fui a recoger la foto tres días después a una tiendecita de la calle de France sin decírselo siquiera a Sylvia. Siempre voy a recoger este tipo de fotos, esos rastros que quedan, más adelante, de un momento efímero en que fuimos felices, de un paseo en una tarde soleada… No, no hay que dar nunca de lado a esos centinelas con sus aparatos en bandolera, dispuestos a clavarnos en una instantánea, todos esos guardianes de la memoria que patrullan por las calles. Sé de lo que hablo. Yo también fui fotógrafo.

Me gustaría apuntar los detalles de nuestras relaciones con los Neal como si estuviera redactando un informe policial o contestando al interrogatorio de un inspector a quien le cayera bien y en quien hubiera notado una solicitud paternal que me ayudase a ver las cosas algo más claras.

Creo que conseguí hablar por teléfono con el tal Virgil Neal durante la semana siguiente a la reaparición de Villecourt. Estaba «encantado» —me dijo— de saber de mí. Él y su mujer habían estado fuera alrededor de diez días «en un viaje de negocios imprevisto». Pero los «entusiasmaría» comer con nosotros al día siguiente sin ir más lejos, si es que era posible. Me dio la dirección del restaurante donde nos encontraríamos a eso de las doce y media.

Un restaurante italiano con la fachada revocada en granate, en la calle de Les Ponchettes, al pie de la colina del Castillo. Llegamos los primeros, Sylvia y yo. Nos llevaron a la mesa para cuatro personas que había reservado el señor Neal. Éramos los únicos clientes. Cristalería. Manteles blancos y almidonados. Cuadros del estilo de Guardi en las paredes. Ventanas con rejas de hierro forjado. Chimenea monumental en cuyo fondo estaba esculpido un escudo de armas con flores de lis. Altavoces invisibles por donde salían los estribillos de algunas canciones famosas que interpretaba una orquesta sinfónica.

Creo que Sylvia sentía la misma aprensión que yo. No sabíamos nada de esas personas que nos invitaban a comer. ¿Por qué Neal se había mostrado tan diligente en volver a vernos? ¿Había que achacarlo a esa campechanía calurosa con la que algunos norteamericanos, ya en el primer encuentro, lo llaman a uno por el nombre y le enseñan las fotos de sus hijos?

Llegaron, disculpándose por el retraso. Neal era un hombre diferente del de la otra noche. Ya no daba esa impresión de estar ido. Iba recién afeitado y llevaba una chaqueta de *tweed* de corte muy amplio. Hablaba sin el menor titubeo ni el menor acento anglosajón y su locuacidad —si no me engaña la memoria — fue lo primero que despertó mis sospechas. Era una locuacidad que me parecía rara en un norteamericano. En algunas palabras coloquiales, en la forma de construir algunas frases, le notaba una mezcla de entonaciones parisinas y de acento del sur, pero un acento controlado, refrenado, como si Neal llevase mucho tiempo intentando disimularlo. Su mujer hablaba mucho menos que él y con esa expresión soñadora y algo ausente que me sorprendió la vez anterior. Su entonación no era tampoco la de una inglesa. No pude por menos de decírselo.

—Habla un francés muy fluido. Podría pensarse incluso que es usted francés…

—Me educaron en colegios de lengua francesa —me dijo—. Pasé toda la infancia en Mónaco… Mi mujer también… Nos conocimos allí…

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y usted? —me preguntó de pronto—. ¿De qué trabajaba en París?

—Era fotógrafo artístico.

—¿Artístico?

—Sí. Y tengo la intención de instalarme en Niza para seguir con mi profesión.

Parecía estar pensando en qué consistiría la profesión de fotógrafo artístico. Luego, acabó por preguntarme:

—¿Están casados?

—Sí… Estamos casados —dije, mirando fijamente a Sylvia. Pero no se inmutó al oír esa mentira.

No me gusta mucho que me hagan preguntas. Y además quería enterarme de más cosas acerca de ellos. Y, para burlar la desconfianza de Neal, me volví hacia su mujer:

—Así que han hecho ustedes un viaje agradable.

Estaba apurada y se lo pensaba antes de contestarme. Pero Neal, muy cómodo en cambio, dijo:

—Sí… Un viaje de negocios…

—¿Y qué negocios eran esos?

No se esperaba la forma abrupta en que le hice esa pregunta.

—Ah…, un asunto de perfumes que estoy intentando poner en marcha entre Francia y los Estados Unidos… He llegado a un acuerdo con un pequeño industrial de Grasse…

—¿Y lleva mucho con ello?

—No… No… Solo le dedico mis ratos de ocio.

Había dicho esa frase con un tono un tanto altanero, como para darme a entender que él no tenía necesidad de ganarse la vida.

—Incluso vamos a crear unos cuantos productos de belleza… Esas cosas le divierten mucho a Barbara…

La mujer de Neal había recobrado la sonrisa.

—Sí… Me interesa todo lo que tiene que ver con productos de belleza —dijo con su expresión soñadora

—. Voy a dejar que Virgil se ocupe de los perfumes… Pero a mí me gustaría montar un instituto de belleza aquí, en la Costa Azul.

—Nos estamos pensando el sitio —dijo Neal—. Preferiría Mónaco con mucho… No creo que ese tipo de instituto funcione bien en Niza…

Cuando recuerdo esas pocas palabras, me altero y lamento no haber tenido a mi disposición la ficha informativa que Condé-Jones me entregó más adelante. A saber qué cara se le habría puesto a Neal si le hubiera dicho con una voz muy suave:

—En resumidas cuentas, quiere volver a lanzar la firma Tokalon.

Y arrimándole la cara:

—¿Es usted el mismo Virgil Neal que el de antes de la guerra?

Sylvia tenía la manía de llevarse el diamante a la boca y tenerlo entre los labios, como si estuviera chupando un caramelo. Neal estaba sentado enfrente de ella y ese gesto no le había pasado inadvertido.

—Tenga cuidado, que se va a deshacer.

Pero hacía algo más que bromear. En el momento en que Sylvia aflojó la presión de los labios y el diamante cayó en el jersey negro, me fijé en la mirada atenta que clavaba Neal en la piedra.

—¡Qué joya tan hermosa tiene usted! —dijo sonriendo—. ¿Verdad, Barbara?

Esta había vuelto la cabeza y miraba, a su vez, el diamante.

—¿Es bueno? —preguntó con voz infantil.

Sylvia y yo cruzamos la mirada.

—Sí, por desgracia es bueno —dije.

A Neal pareció sorprenderle la respuesta.

—¿Está seguro? Es de un tamaño impresionante.

—Es una joya de familia que le dio mi suegra a mi mujer —dije—. Y resulta más bien un estorbo.

—¿Han pedido un peritaje? —preguntó Neal con tono de curiosidad cortés.

—Ya lo creo… Tenemos toda una carpeta de documentos sobre este diamante. Se llama la Cruz del Sur…

—No debería llevarlo puesto —dijo Neal—. Si es bueno…

En apariencia no me creía. ¿Quién iba a creerme, por lo demás? ¿Quién lleva con tanto desparpajo un diamante de ese tamaño y con esas aguas? Nadie lo sujeta con los labios antes de dejarlo caer en el jersey negro. Nadie lo chupa.

—Mi mujer lleva ese diamante puesto porque no le queda más remedio.

Neal fruncía el ceño.

—¿Qué habría que hacer? ¿Alquilar una caja de seguridad en un banco? —dije.

—Cuando me ven puesto este diamante —dijo Sylvia—, todo el mundo cree que es de culo de vaso…

—¿De culo de vaso?

Neal no entendía esa expresión coloquial.

—Nos gustaría venderlo —dije—. Pero es muy difícil encontrar comprador para una piedra como esta…

Neal estaba pensativo y apartaba los ojos del diamante.

—Puedo buscarles un comprador. Pero antes habría que encargar un peritaje.

Me encogí de hombros.

—Estaría encantado si me buscara un comprador, pero me temo que le iba a resultar difícil…

—Puedo encontrarle un comprador…, pero tendrá que enseñarme la carpeta de documentos —dijo Neal.

—Me da la impresión de que sigue creyendo que es bisutería —dijo Sylvia.

Salimos del restaurante. El coche estaba aparcado en el muelle de los Estados Unidos, en el que, de punta a punta, se apiñaban en los bancos ancianos frioleros que tomaban el sol. Reconocí la matrícula del cuerpo diplomático. Neal abrió la puerta.

—Vengan a tomar el café a casa —dijo.

A mí me entraron ganas de dejarlos allí plantados. De repente, me preguntaba qué ayuda iban a poder prestarnos. Pero había que ser concienzudo y no romper con ellos por un simple ataque de mal humor. Eran las dos únicas personas que conocíamos en Niza.

Igual que la primera vez, Sylvia y yo íbamos sentados atrás. Por el bulevar de Cimiez, Neal conducía despacio y los automovilistas tocaban la bocina para que los dejase pasar.

—Están locos —dijo Neal—. Siempre quieren correr más.

Uno de los conductores le había soltado un chorro de insultos mientras lo adelantaba.

—Lo que los irrita es mi matrícula del cuerpo diplomático. Y además supongo que tienen que darse prisa para no llegar tarde a la oficina…

Se había vuelto hacia mí:

—¿Y usted? ¿Ha trabajado alguna vez en una oficina?

El coche se había detenido a la altura de la tapia de la balaustrada. Neal alzó el brazo.

—La casa está allí arriba. Así dominamos la situación… Ya verá… Es una casa muy hermosa…

Me fijé, encima de la verja, en la placa de mármol donde ponía: «Castillo Azul».

—Fue a mi padre a quien se le ocurrió ese nombre —dijo Neal—. Construyó la casa antes de la guerra…

¿Su padre? Eso me resultaba más bien tranquilizador.

Subimos las escaleras después de cerrar Neal la verja con una vuelta de llave y llegamos al jardín que estaba por encima del nivel de la avenida de Cimiez. Aquella villa, con su aspecto de Trianón, me pareció lujosa.

—Barbara, por favor, un poco de café…

Me extrañaba la ausencia de un *maître* en aquel escenario. Pero quizá no era algo que correspondiera a la sencillez de las costumbres norteamericanas. Los Neal, aunque muy ricos, eran seguramente un tanto bohemios y la señora Neal hacía el café con sus propias manos. Sí, unos bohemios. Pero ricos. Al menos eso es lo que quería pensar.

Nos sentamos en los sillones de madera de pino con los que iba a volver a encontrarme en el mismo sitio un año después, cuando me recibió el señor Condé-Jones. Pero la piscina que teníamos delante no estaba vacía.

En la superficie del agua turbia flotaban ramas y hojas secas. Neal había cogido una piedra del suelo y la tiró al agua para que rebotase.

—Debería vaciar la piscina y arreglar el jardín —dijo.

El jardín estaba abandonado. Unos matorrales cegaban los paseos de grava, invadidos de malas hierbas. Al borde del césped, que no era ya sino una sabana, se alzaba una fuente con una raja en medio del pilón.

—Si mi padre viera esto, no lo entendería. Pero no me da tiempo a ocuparme del jardín…

Había un acento de sinceridad y tristeza en su voz.

—Era muy diferente en tiempos de mi padre. También Niza era una ciudad diferente… ¿Saben que los policías llevaban, en la calle, cascos coloniales?

Su mujer dejó la bandeja en el suelo de baldosas. Se había cambiado el vestido por unos vaqueros. Echó el café en las tazas y nos las alargó, de una en una, con un movimiento armonioso del brazo.

—¿Su padre sigue viviendo aquí? —le pregunté a Neal.

—Mi padre ha muerto.

—Lo siento mucho…

Me sonreía para que no me apurase.

—Debería vender esta casa… Pero no me acabo de decidir… Está llena de recuerdos de infancia… Sobre todo el jardín…

Sylvia se había acercado a la casa con paso indolente y pegaba la frente a una de las grandes puertas vidriera. Neal la miraba con el rostro un tanto crispado, como si temiera que fuera a descubrir algo sospechoso.

—Les enseñaré la casa cuando la limpiemos…

Hablaba con voz fuerte e imperiosa. A lo mejor quería impedir que Sylvia empujase la puerta vidriera entornada y entrase.

Se le acercó. Se la llevó consigo apretándole el hombro con el brazo y se reunieron los dos con nosotros junto a la piscina. Hubiérase dicho que volvía a traer a una niña que se había alejado del arenero aprovechando una distracción de sus padres.

—Habría que hacer arreglos en toda la casa… Me da apuro enseñársela ahora mismo…

Parecía aliviado al ver a Sylvia lejos de las puertas vidriera.

—Mi mujer y yo vivimos aquí muy poco… Uno o dos meses al año como mucho…

Tenía ganas de acercarme yo también a la casa para ver qué estaría haciendo Neal. ¿Me impediría el paso? Entonces yo me inclinaría hacia él y le cuchichearía al oído: «Da la impresión de que esconde usted algo en esta casa… ¿Un cadáver?».

—Mi padre murió hace veinte años —dijo Neal—. Mientras vivió, todo iba bien… La casa y el jardín estaban impecablemente atendidos… El jardinero era un hombre extraordinario…

Se encogía de hombros mientras me señalaba los matorrales y los paseos llenos de malas hierbas.

—A partir de ahora, Barbara y yo vamos a pasar más tiempo en Niza… Sobre todo si montamos el instituto de belleza ese… Y volveré a poner todo esto en condiciones…

—Pero ¿dónde viven ustedes la mayor parte del tiempo?

—En Londres y en Nueva York —contestó Neal—. Mi mujer tiene una casita preciosa en Londres, en el barrio de Kensington.

Esta fumaba y no parecía hacer mucho caso de lo que estaba diciendo su marido.

Estábamos sentados los cuatro en los sillones de madera de pino en semicírculo, junto a la piscina, todos con las tazas de café en el brazo izquierdo de los respectivos sillones. Esa simetría me causó un leve malestar cuando me fijé en que no se debía solo a las tazas de café. Los vaqueros descoloridos de Barbara eran idénticos en forma y color a los de Sylvia. Y, como las dos estaban en la misma postura indolente, me di cuenta de que ambas tenían la misma cintura delgada que resaltaba la curva de las caderas, de forma tal que habría sido incapaz, mirándoles la cintura y las caderas, de diferenciarlas entre sí. Bebí un sorbo de café. Neal se había llevado la taza a los labios al mismo tiempo que yo y habíamos vuelto a dejar las tazas, con un movimiento sincronizado, en los brazos de los sillones.

Esa misma tarde volvió a salir a colación la Cruz del Sur. Neal le preguntó a Sylvia:

—¿De verdad quiere vender su diamante?

Se inclinó hacia ella y cogió la piedra entre el pulgar y el índice para examinarla. Luego volvió a dejarla con delicadeza en el jersey de Sylvia. Yo achaqué aquello a los modales desenfadados de algunos norteamericanos. Sylvia no se había movido ni un milímetro y miraba hacia otra parte, como si quisiera ignorar el gesto de Neal.

—Sí, nos gustaría venderlo —dije.

—Si es una piedra auténtica, no hay ningún problema.

Estaba claro que se tomaba el asunto en serio.

—No tiene que preocuparse —le dije con tono condescendiente—. Es un diamante auténtico. Eso es lo que nos preocupa, por cierto… No queremos tener una piedra de tanta categoría…

—Mi madre me la dio cuando me casé y me aconsejó que la vendiera —dijo Sylvia—. Creía que los diamantes dan mala suerte… Ella ya había intentado venderla, pero no daba con los compradores adecuados…

—¿Cuánto quieren por ella? —preguntó Neal.

Pareció arrepentirse de esa pregunta tan brusca. Hizo un esfuerzo por sonreír:

—Discúlpeme… Soy un indiscreto… Es por mi padre… De joven, fue socio de un importante diamantista estadounidense. Me contagió su afición a las piedras preciosas…

—Queremos, más o menos, un millón quinientos mil francos —dije con voz seca—. Es un precio de lo más razonable para este diamante. Vale el doble.

—Pensábamos dejarlo en depósito en Van Cleef, en Montecarlo, para que nos buscase un cliente —dijo Sylvia.

—¿En Van Cleef? —repitió Neal.

Aquel nombre, de resplandor tan sólido, lo dejaba pensativo.

—No puedo pasarme la vida con él al cuello como una correa —dijo Sylvia.

Barbara Neal soltó una risita ácida.

—Pues claro…, tiene razón —dijo—. Corre el riesgo de que se lo quiten de un tirón por la calle.

Y yo me preguntaba si hablaba en serio o si se estaba riendo de nosotros.

—Yo podría buscarles clientes —dijo Neal—. Barbara y yo conocemos a estadounidenses que podrían comprarles este diamante. ¿Verdad, cariño?

Citó unos cuantos nombres. Ella aprobó con una inclinación de cabeza.

—¿Y cree que pagarán el precio que le he indicado? —pregunté con voz muy suave.

—Desde luego.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Barbara Neal.

Le eché una mirada a Sylvia. Tenía ganas de irme. Pero ella parecía a gusto en aquel jardín soleado, con la nuca apoyada en el respaldo del sillón y los ojos cerrados.

Barbara Neal se encaminaba hacia la casa. Neal me señaló a Sylvia y dijo en voz baja:

—¿Cree que está dormida?

—Sí.

Se inclinó hacia mí. Y dijo, en voz aún más baja:

—En lo que se refiere al diamante… Creo que se lo voy a comprar yo si me demuestra que es auténtico…

—Lo es.

—Querría regalárselo a Barbara en el décimo aniversario de nuestra boda.

Me leía cierta desconfianza en la mirada.

—Tranquilícese… Soy de lo más solvente…

Me apretó el brazo con mucha fuerza para hacerme entender que tenía que abrir bien los oídos y escuchar lo que me decía:

—No tengo ningún mérito: solo me tomé el trabajo de nacer y de heredar mucho mucho dinero de mi padre… Es injusto, pero es lo que hay… ¿Se fía ya de mí? ¿Me tiene por un cliente serio?

Se echó a reír. A lo mejor quería que olvidara el tono agresivo con el que me había dicho esas cosas.

—No debe haber ninguna tirantez entre nosotros… Puedo darle un anticipo…

Neal se ofreció a llevarnos en coche, pero le dije que preferíamos volver a pie. En la acera del bulevar de Cimiez alcé la cabeza: arriba estaban los dos, apoyados en la balaustrada del jardín, y nos miraban. Neal me hizo una seña con el brazo. Habíamos acordado llamarnos al día siguiente y quedar. Al cabo de unos pasos, me volví otra vez. Seguían inmóviles, acodados en la balaustrada.

—Quiere comprar el diamante para regalárselo a su mujer —le dije a Sylvia.

No parecía sorprendida.

—¿A qué precio?

—Al que le he dicho. ¿Tú crees que tienen dinero de verdad?

Íbamos despacio, bulevar de Cimiez abajo, bajo un sol radiante. Me había quitado el abrigo. Sabía que estábamos en invierno y que no iba a tardar en hacerse de noche, pero en aquellos momentos habría creído que estábamos en julio. Aquella confusión de las estaciones, los escasos coches que pasaban, aquel sol, las sombras tan perfiladas en la acera y en las paredes…

Le apreté la muñeca a Sylvia:

—¿No tienes la impresión de que estamos viviendo un sueño?

Me sonreía, pero había intranquilidad en su mirada.

—¿Y crees que acabaremos por despertarnos? —me preguntó.

Anduvimos en silencio hasta la curva a cuyo pie está la fachada en curva del antiguo Hotel Majestic y, por el bulevar de Dubouchage, llegamos al centro de la ciudad. Me resultó un alivio verme bajo los soportales de la plaza de Masséna, entre el estruendo de la circulación y el gentío de mirones y de quienes volvían del trabajo y estaban esperando el autobús. Todo aquel barullo me daba la sensación ilusoria de salir del sueño en que estábamos prisioneros.

¿Un sueño? Más bien la sensación de que los días transcurrían sin que nos diéramos cuenta, sin la menor aspereza que nos hubiera permitido agarrarlos por algún sitio. Avanzábamos, nos llevaba una cinta transportadora y las calles desfilaban y ya no sabíamos si la cinta transportadora nos llevaba consigo o si estábamos quietos mientras el paisaje, a nuestro alrededor, iba pasando mediante ese artificio cinematográfico al que llaman «transparencia».

A veces se rasgaba el velo; de día, nunca, pero sí de noche, porque el aire era más fresco y porque había luces que resplandecían. Íbamos siguiendo el Paseo de los Ingleses, recobrábamos el contacto con la tierra firme. El pasmo que se había adueñado de nosotros desde que llegamos a esta ciudad se desvanecía. Nos sentíamos aún dueños de nuestro destino. Podíamos hacer proyectos. Intentaríamos cruzar la frontera italiana. Los Neal nos ayudarían. En su coche con matrícula
CD
pasaríamos de Francia a Italia, sin pararnos en controles y sin llamar la atención. Y bajaríamos hacia el sur, hasta Roma, nuestra meta, la única ciudad donde yo imaginaba que podríamos afincarnos para el resto de nuestras vidas. Roma, que encajaba tan bien con los caracteres indolentes como el nuestro.

De día, todo se esquivaba. Niza, el cielo azul, los edificios claros con aspecto de dulces gigantescos o de paquebotes, las calles desiertas y soleadas de los domingos, nuestras sombras en la acera, las palmeras y el Paseo de los Ingleses, todo ese decorado iba pasando como una transparencia. Las tardes interminables en que la lluvia tamborileaba en el tejado de zinc, nos quedábamos, entre el olor a humedad y a moho del cuarto, con la impresión de estar abandonados. Más adelante me acostumbré a la idea y en la actualidad me siento a gusto en esta ciudad de fantasmas donde se ha parado el tiempo. Acepto, igual que los que desfilan

en una procesión lenta por el Paseo, que se me ha roto un resorte. Estoy libre de las leyes de la gravedad. Sí, floto junto con los demás vecinos de Niza. Pero en la época de la pensión Sainte-Anne ese estado nos resultaba nuevo y aún nos rebelábamos, dando respingos, contra el embotamiento que nos iba invadiendo. Lo único duro y consistente de nuestras vidas, el único punto de referencia inalterable, era aquel diamante. ¿Nos trajo mala suerte?

Volvimos a ver a los Neal. Me acuerdo de una cita en el bar del Hotel Negresco, a eso de las tres de la tarde. Los esperábamos sentados delante del ventanal. Se recortaba en él un trozo de cielo cuyo azul era aún más límpido y más inaccesible en aquella semipenumbra que nos envolvía.

—¿Y si aparece Villecourt?

Siempre lo había llamado por el apellido.

—Haremos como si no lo conociéramos —dijo Sylvia—. O lo dejaremos con los Neal y desapareceremos para siempre.

Esa palabra, desaparecer, en boca de Sylvia, me hiela hoy el corazón. Pero aquella tarde me reí al imaginar a los Neal y a Villecourt, sentados a la misma mesa, sin saber muy bien qué decirse y preocupándose poco a poco porque nuestra ausencia se prolongaba.

Pues no, Villecourt no apareció.

Y anduvimos un poco con los Neal por el Paseo de los Ingleses. Fue ese día cuando el fotógrafo apostado delante del Palais de la Méditerranée nos apuntó con la máquina de fotos y me metió en la mano la tarjeta de la tienda a la que podía ir a recoger las fotos al cabo de tres días.

El coche del cuerpo diplomático estaba aparcado delante del tiovivo de los jardines de Albert-Ier. Neal nos dijo que iba a «darse un salto» por Mónaco con su mujer para «zanjar unos asuntos». Llevaba un jersey de cuello vuelto y la chaqueta de ante vieja de la primera tarde: Barbara llevaba unos vaqueros y una chaqueta de marta cibelina.

Neal me llevó aparte. Estábamos delante del tiovivo, que daba vueltas despacio. No había más que un niño, sentado en uno de los trineos rojos de los que tiraban unos caballos de madera blancos por toda la eternidad.

—Esto me trae a la cabeza un recuerdo de la infancia —me dijo Neal—. Debía de tener diez años… Sí, en 1950…, 1951… Paseaba con mi padre y con un amigo de mi padre… Y quise subir a ese tiovivo. El amigo de mi padre se subió conmigo… ¿Sabe quién era el amigo de mi padre? Errol Flynn… ¿Le suena de algo Flynn?

Me cogió por los hombros con ademán protector.

—Quería hablarle del diamante… El cumpleaños de Barbara es dentro de nada… Voy a darles un anticipo lo antes que pueda… Un cheque de mi banco de Mónaco… Un banco inglés… ¿Le parece bien?

—Como quiera.

—Llevaré el diamante a que lo monten en una sortija… Barbara se quedará encantada.

Fuimos a reunirnos con Sylvia y Barbara. Los Neal nos dieron un beso antes de subirse al coche. Hacían muy buena pareja, o eso me pareció aquel día. Y además el aire es a veces tan tibio en invierno en la Costa Azul, el cielo y el mar tan azules, la vida pesa tan poco en una tarde de sol por la carretera de Villefranche que discurre por la cornisa, que todo le parece a uno posible: los cheques de los bancos ingleses de Mónaco que te meten en los bolsillos y Errol Flynn dando vueltas en el tiovivo de los jardines de Albert-Ier.

—¡Esta noche los llevamos a cenar a Coco-Beach!

La voz de Neal retumbaba en el teléfono. Ya no tenía acento estadounidense alguno, ni siquiera al pronunciar Coco-Beach.

—Pasaremos a buscarlos por su hotel a partir de las ocho.

—¿Y si quedásemos en algún sitio fuera del hotel? —propuse.

—No, no… Es mucho más sencillo pasar por su hotel… Podríamos llegar con cierto retraso… A partir de las ocho en su hotel… Tocaremos la bocina…

Era inútil llevarle la contraria. Qué se le iba a hacer. Le contesté que me parecía bien. Colgué y salí de la cabina de teléfonos del bulevar de Gambetta.

Dejamos abierta la ventana de la habitación para oír la bocina. Estábamos los dos echados porque el único mueble en que se podía estar era la cama.

Había empezado a llover poco antes de caer la noche, una lluvia fina que no tamborileaba en el tejado de zinc, algo así como un calabobos que nos creaba la impresión de estar en una habitación de Le Touquet o de Cabourg.

—¿Dónde está Coco-Beach? —preguntó Sylvia.

¿Por la zona de Antibes? ¿De Cap-Ferrat? ¿O quizá más lejos? Coco-Beach… Tenía ecos y aromas de Polinesia que en mi cabeza se relacionaban más bien con playas de Saint-Tropez: Tahití, Morea…

—¿Crees que está lejos de Niza?

Yo tenía miedo a un trayecto largo en automóvil. Siempre había desconfiado de esos recorridos a deshora por los restaurantes y las salas de fiestas, al final de los cuales hay que esperar a que alguno de los comensales tenga a bien llevarnos a casa en coche. Está borracho y, mientras dura el trayecto, estamos en sus manos.

—¿Y si les diéramos plantón? —le dije a Sylvia.

Podíamos apagar la luz de la habitación. Empujarían la puerta de la verja de la pensión Sainte-Anne y cruzarían el jardín. La dueña abriría la puerta vidriera del salón. Sus voces en la galería. Alguien daría varios golpes en nuestra puerta. Nos llamarían. «¿Están ahí?». Silencio. Luego vendría el alivio de oír cómo se alejaba el ruido de los pasos y se cerraba la verja del jardín. Por fin solos. No existe voluptuosidad igual a esa.

Tres bocinazos tan roncos como una sirena de niebla. Me asomé a la ventana y vi la silueta de Neal que esperaba detrás de la verja.

Por las escaleras, le dije a Sylvia:

—Si Coco-Beach está demasiado lejos, les pedimos que nos quedemos por el barrio. Les decimos que tenemos que volver pronto porque estamos esperando que nos llamen por teléfono.

—O, si no, les damos esquinazo —dijo Sylvia.

Había dejado de llover. Neal nos hizo una seña amplia con el brazo.

—Me estaba temiendo que no oyeran la bocina.

Llevaba un jersey de cuello vuelto y la chaqueta vieja de ante.

El coche estaba aparcado en la esquina con la avenida de Shakespeare. Un coche negro, espacioso, cuya marca no habría podido decir. Alemán, quizá. Pero no llevaba matrícula del cuerpo diplomático, sino de París.

—He tenido que cambiar de coche —dijo Neal—. El otro no anda.

Nos abrió una de las puertas. Barbara Neal esperaba delante con la chaqueta de marta cibelina. Neal se sentó al volante.

—¡Allá vamos, rumbo a Coco-Beach! —dijo girando con mucha brusquedad.

Bajaba por la calle de Caffarelli a una velocidad excesiva para mi gusto.

—¿Queda lejos Coco-Beach? —pregunté.

—Ni pizca —dijo Neal—. Nada más pasar el puerto. Es el restaurante preferido de Barbara.

Esta se había vuelto a mirarnos. Nos sonreía. Olía a su aroma de pino.

—Estoy segura de que les gustará el sitio —dijo.

Dimos la vuelta al puerto, y luego pasamos por delante del parque Vigier y el Club Náutico. Neal metió el

coche por una avenida sinuosa que iba bordeando el mar. Se paró a la altura de un pontón que alumbraba un cartel luminoso.

—¡Coco-Beach! ¡Fin de trayecto!

Había en su voz una alegría forzada. ¿Por qué quería interpretar esa noche el papel del más animado del grupo?

Cruzamos el pontón. Neal llevaba cogidas por los hombros a su mujer y a Sylvia muy campechanamente. Soplaba un viento bastante fuerte y dijo:

—¡Ojo con caerse por la borda!

Bajamos por unas escaleras estrechas cuya barandilla era una maroma gruesa y blanca, trenzada, y por una crujía salimos al restaurante. Un *maître* vestido de blanco y con una gorra de marinero de embarcación de recreo apareció:

—¿A qué nombre ha reservado el señor?

—¡Capitán Neal!

Un gran ventanal corría alrededor de la sala del restaurante, desde el que se dominaba el mar a una altura de unos diez metros. El marinero de embarcación de recreo nos condujo a una de las mesas próximas al ventanal. Neal quiso que Sylvia y yo nos sentásemos en el lado de la mesa desde el que podíamos tener una visión panorámica de Niza. Los escasos clientes hablaban en voz baja.

—El restaurante funciona sobre todo en verano —me dijo Neal—. Quitan el techo y esto se convierte en una azotea al aire libre. Fíjese, fue el antiguo jardinero de mi padre quien abrió este restaurante hace unos veinte años…

—¿Y sigue siendo el dueño? —le pregunté.

—No. Por desgracia. Murió.

Esa respuesta me decepcionó. Estaba bajo de ánimos esa noche y me habría gustado conocer al antiguo jardinero del padre de Neal. Así habría tenido la seguridad de que Neal pertenecía efectivamente a una familia norteamericana riquísima y honorabilísima.

Los camareros del restaurante iban vestidos, siguiendo el ejemplo del *maître*, con un *blazer* blanco de botones dorados y un pantalón blanco, pero llevaban la cabeza descubierta. Encima de la puerta de entrada había un salvavidas blanco con la siguiente inscripción en letras azules: Coco-Beach.

—Bonita vista, ¿no? —dijo Neal, volviéndose con un movimiento rápido del busto.

La bahía entera de los Ángeles se extendía ante Sylvia y ante mí con sus hondonadas de sombra y sus luces que, a trechos, brillaban más. Unos focos iluminaban las rocas y la tarta de bodas esa del monumento a los caídos que hay al pie de la colina del Castillo. Más allá, los jardines de Albert-Ier estaban iluminados, y también la fachada blanca y la cúpula rosa del Negresco.

—Es como si estuviéramos en un barco —dijo Barbara.

Sí. Los hombres de la tripulación, vestidos de blanco, caminaban silenciosamente entre las mesas y me di cuenta de que llevaban alpargatas.

—No se marean, ¿verdad? —preguntó Neal.

Esa pregunta me angustió levemente. ¿O eran las gotas de lluvia en los ventanales y el viento que hacía restallar la bandera con la enseña de Coco-Beach, colocada en un pontón delante del restaurante como en la proa de un yate?

Uno de los camareros vestidos de blanco nos dio una carta a cada uno.

—Les aconsejo la *bourride* —dijo Neal—. O, si les gusta el alioli, nunca he comido en otra parte ninguno como el que preparan aquí.

Los estadounidenses son gastrónomos a veces y, con toda su carga de formalidad y de buena voluntad, se convierten en buenos conocedores de la cocina y de los vinos franceses. Pero el tono de Neal, la mímica del rostro, el ademán zafio del pulgar y esa forma de elogiar la *bourride* y el alioli me recordaban lugares concretos. De repente, sentí flotar en Neal tufos de La Canebière y de Pigalle.

Durante la cena, Sylvia y yo nos cruzábamos miradas. Creo que estábamos pensando lo mismo: lo sencillo que habría sido dejarlos allí plantados… Sin embargo, la perspectiva de tener que llegar hasta el puerto me contuvo. Ya en el puerto, podíamos desaparecer por las calles de Niza, pero hasta ese punto había que recorrer andando una avenida desierta y no les costaría darnos alcance con el coche. Se pararían y nos pedirían explicaciones. Contestar, disculparse o mandarlos al infierno… Todo eso no valía de nada porque sabían nuestras señas. Cuando pensaba en ellos me parecían tan pegajosos como Villecourt. No, valía más ir poco a poco…

Me sentí aún más incómodo cuando, en los postres, Neal se inclinó hacia Sylvia, rozó el diamante con el índice y dijo:

—¿Qué? ¿Sigue con el pedrusco puesto?

—¿Aprendió usted a hablar esa jerga en los internados de Mónaco? —le pregunté.

Guiñó los ojos. Había dureza en la mirada.

—Solo le preguntaba a su mujer si seguía con el pedrusco puesto.

Él, tan amable, de repente se había puesto agresivo. A lo mejor se había pasado con el vino en la cena. Barbara parecía molesta y encendió un cigarrillo.

—Mi mujer lleva puesto un pedrusco —le dije—, pero ese pedrusco no entra dentro de las posibilidades de usted.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—Una intuición.

Soltó una carcajada tremenda. Se le dulcificó la mirada. Ahora me observaba con expresión divertida.

—¿Está enfadado conmigo? Pero si era solo una broma…, una broma de mal gusto… Lo siento…

—Yo también estaba de broma —le dije.

Hubo un momento de silencio.

—Entonces, si estaban de broma —dijo Barbara—, no pasa nada.

Neal se empeñó en que tomásemos no sé ya, qué licor, si de ciruela o de pera. Yo me llevaba la copa a los labios y hacía como que bebía un sorbo. Sylvia lo apuró de un trago. No decía nada. Frotaba nerviosamente el «pedrusco» entre los dedos…

—¿Usted también está enfadada conmigo? —le preguntó Neal con voz humilde—. ¿Por lo del pedrusco?…

Había recobrado el leve acento estadounidense y ya no era el mismo hombre. Había en él algo encantador y tímido.

—Les pido perdón. Me gustaría que se olvidasen de esa estúpida broma mía.

Juntaba las manos con un ademán implorante infantil.

—¿Me perdona?

—Lo perdono —dijo Sylvia.

—De verdad que lamento esta historia del pedrusco…

—Lo del pedrusco me importa un carajo —dijo Sylvia.

Ahora era ella la que tenía el acento moroso del este de París.

—¿Le da por portarse así con frecuencia? —le preguntó a Barbara señalando a Neal con el dedo.

Esta estaba desconcertada. Acabó por tartamudear:

—A veces.

—¿Y qué hace para que se le pase?

La pregunta cayó cortante como una cuchilla de carnicero. Neal se echó a reír.

—¡Qué mujer tan adorable! —me dijo.

Yo no me sentía a gusto. Me tomé un sorbo grande de licor.

—¿Y cómo vamos a acabar la velada? —dijo Neal.

Ya me lo imaginaba yo. Todavía nos quedaba mucho por aguantar.

—Sé de un sitio muy agradable en Cannes —dijo Neal—. Podríamos ir a tomar algo.

—¿En Cannes?

Neal me dio unas palmaditas amables en el hombro.

—A ver, muchacho, no ponga esa cara… Cannes no es un antro de perdición…

—Tenemos que volver a nuestro hotel —dije—. Espero una llamada telefónica alrededor de las doce de la noche…

—Vamos… Vamos… Ya llamará usted desde Cannes… No va a dejarnos tirados…

Como último recurso, me volví hacia Sylvia. Estaba impasible. Pero acabó por acudir en mi ayuda:

—Estoy cansada… No me apetece hacer trayectos largos en automóvil de noche…

—¿Trayectos largos en automóvil? ¿A Cannes? Me está tomando el pelo… ¿Has oído, Barbara? Un trayecto largo hasta Cannes. Hasta Cannes, les parece que es un trayecto largo…

Ni una palabra más o nos íbamos a encontrar con un martillo pilón que no pararía de repetir, marcando

el compás: «Hasta Cannes…, hasta Cannes…». Y si le llevábamos la contraria, se pondría mucho más pegajoso. ¿Por qué son algunas personas como esos chicles que intentamos en vano despegarnos de los tacones restregándolos contra el filo de la acera?

—Les prometo que estaremos en Cannes dentro de diez minutos… A estas horas se circula muy bien…

No, ni siquiera parecía estar borracho. Hablaba con voz suave. Sylvia se encogió de hombros.

—Si se empeña, vamos a Cannes…

No perdía la sangre fría. Me hizo un guiño imperceptible.

—Hablaremos del diamante —dijo Neal—. Creo que le he encontrado un comprador. ¿Verdad, Barbara?

Esta nos sonreía sin contestar.

Los camareros de chaqueta blanca iban y venían entre las mesas y yo me preguntaba como podían andar con paso tan firme. Detrás de los ventanales, las luces de Niza me parecían cada vez más lejanas y se volvían borrosas. Estábamos llegando a alta mar. Todo subía y bajaba a mi alrededor.

Cuando íbamos a subir al coche, le dije a Neal:

—La verdad es que me gustaría que nos dejase en el hotel… No quiero perder esa llamada telefónica…

Neal miró el reloj. Una ancha sonrisa le iluminó la cara.

—Esperaba esa llamada a las doce, ¿no? Son las doce y media… Ya no tiene excusa para darnos esquinazo, muchacho…

Nos sentamos atrás Sylvia y yo. Barbara cerró con un chasquido la pitillera de oro. Se volvió hacia nosotros.

—¿No tendrían un cigarrillo? —preguntó—. Se me han acabado.

—No —contestó Sylvia con mucha brusquedad—. No tenemos cigarrillos.

Me había cogido la mano y se la apretaba contra la rodilla. Neal arrancó.

—¿De verdad se empeña en llevarnos a Cannes? —preguntó Sylvia—. Cannes, qué aburrimiento…

—Habla de lo que no conoce —dijo Neal con tono protector.

—No nos gustan las salas de fiestas —insistió Sylvia.

—Pero si no los llevo a una sala de fiestas…

—¿Adónde, entonces?

—Es una sorpresa.

No conducía tan deprisa como me había temido. Puso la radio bajito. Volvimos a pasar por delante del edificio blanco del Club Náutico y del parque Vigier. Llegamos al puerto.

Sylvia me apretaba la mano. Me volví a mirarla. Moviendo el brazo hacia la puerta, quise darle a entender que en un semáforo en rojo podríamos bajarnos del coche. Creo que me entendió porque asintió con la cabeza.

—Me encanta esta música —dijo Neal.

Puso más alta la radio. Se volvió hacia nosotros.

—¿Les gusta a ustedes también?

Ninguno de los dos contestamos. Yo estaba pensando en el itinerario que íbamos a seguir para ir a Cannes. Seguramente habría un semáforo a la altura de los jardines de Albert-Ier. O más arriba, en el Paseo de los Ingleses. Lo más conveniente era que nos bajásemos del coche en el Paseo de los Ingleses y nos esfumáramos por una de las bocacalles en la que Neal no podría meterse porque eran de sentido único.

—Se me han acabado los cigarrillos —dijo Barbara.

Habíamos llegado al muelle de Cassini. Neal paró el coche.

—¿Quieres que vayamos a comprar cigarrillos? —preguntó.

Se volvió hacia mí.

—¿Le molestaría ir a comprarle cigarrillos a Barbara?

Dio media vuelta y luego se detuvo otra vez, a la entrada del muelle de Les Deux-Emmanuel.

—¿Ve ese primer restaurante del muelle? El restaurante Garac… Todavía está abierto… Pida dos paquetes de Craven… Si ponen pegas, les dice que son para mí… La señora Garac me conoció cuando llevaba pantalón corto…

Miré a Sylvia. Parecía estar esperando a que yo tomase una decisión. Le hice una seña negativa con la cabeza. Todavía no era el momento de darles esquinazo. Para eso teníamos que estar en el centro de Niza.

Quise abrir la puerta, pero estaba bloqueada.

—Perdone —dijo Neal.

Apretó un botón a la altura de la palanca del cambio de marchas. Ahora sí que se abrió la puerta.

Entré en el Garac. Subí las escaleras que llevaban al restaurante. Había una mujer rubia detrás de la taquilla del vestuario. Desde la sala del restaurante me llegaba un guirigay de conversaciones.

—¿Tiene cigarrillos? —pregunté.

—¿De qué marca?

—Craven.

—Ah, no…, ingleses no tengo.

Me presentaba la bandeja de los cigarrillos.

—Qué le vamos a hacer… Me los llevaré estadounidenses.

Cogí dos paquetes al azar. Le di un billete de cien francos. Abrió un cajón, luego otro. No encontraba el cambio.

—Qué se le va a hacer —le dije—. Quédese con la vuelta.

Bajé las escaleras. Cuando salí del Garac, el coche había desaparecido.

Me quedé esperando en la acera del muelle de Cassini. Neal había ido seguramente a echar gasolina por las inmediaciones y no habría encontrado ninguna estación de servicio. El coche aparecería de un momento a otro y se me pararía delante. A medida que pasaba el tiempo, notaba que me iba invadiendo el pánico. No podía quedarme quieto, esperando; daba paseos arriba y abajo por la acera. Acabé por mirar el reloj. Eran casi las dos de la mañana.

Un grupo ruidoso salió del restaurante Garac. Se cerraron de golpe las puertas de algunos coches y los motores arrancaron. Unas cuantas personas seguían charlando en el muelle. Oía el ruido de sus voces y sus carcajadas. Más allá, al borde de la dársena, unas sombras descargaban cajones y los apilaban sobre la marcha cerca de un camión con toldo de lona que tenía las luces apagadas.

Me acerqué a ellos. Estaban tomándose un descanso. Se habían apoyado en los cajones y fumaban.

—¿No han visto un coche hace un rato? —pregunté.

Uno de ellos alzó la cabeza en mi dirección.

—¿Qué clase de coche?

—Un coche grande, negro.

Necesitaba hablar con alguien, no quedarme con todo aquello dentro, para mí solo.

—Unos amigos que me estaban esperando en un coche negro, allí, delante del edificio… Se han marchado sin avisarme.

No, de nada valía explicárselo. No daba con las palabras. Por lo demás, no me estaban escuchando. A uno de ellos, sin embargo, debió de llamarle la atención mi cara descompuesta.

—¿Un coche negro de qué marca? —preguntó.

—No lo sé.

—¿No sabe la marca del coche?

Seguramente me había hecho esa pregunta para comprobar si estaba borracho o en mis cabales. Me miraba con desconfianza.

—Pues no. No sé la marca del coche.

Era terrible no saber ni eso siquiera.

Iba bulevar de Cimiez arriba. Me dio un vuelco el corazón. Desde lejos, divisaba el bulto oscuro de un coche aparcado delante de la tapia con balaustrada de la villa de los Neal. Al acercarme, vi que no era el coche de hacía un rato, sino el que tenía matrícula del cuerpo diplomático.

Llamé varias veces. Nadie contestaba. Intenté abrir la verja, pero estaba cerrada. Crucé la avenida. En la parte de la casa que alcanzaba a ver, detrás de la balaustrada, no había luz. Volví a bajar por el bulevar de Cimiez y entré en la cabina de teléfonos que está abajo del todo, en la curva, a la altura del Majestic. Marqué el número de los Neal y dejé que sonase el tono mucho rato. Pero, igual que en la verja, no contestaba nadie. Entonces volví por el bulevar hasta la villa de los Neal. El coche seguía allí. No sé por qué intenté abrir las puertas una por una, pero estaban cerradas con llave. El maletero también. Luego sacudí la verja, con la esperanza de que cediera. En vano. Les di patadas al coche y a la verja, pero no podía recurrir a nada. Todo se cerraba ante mí, no hallaba ni la menor grieta por donde colarme, ni el menor contacto, todo estaba cerrado a cal y canto, irremediablemente.

Lo mismo me pasaba con esa ciudad por la que iba andando hasta la pensión Sainte-Anne. Calles muertas.

Pasaban muy pocos coches y yo los registraba con los ojos, uno tras otro, pero nunca era el coche de los Neal. Hubiérase dicho que estaban vacíos. Caminaba a lo largo de los jardines de Alsace-Lorraine y me fijé en uno, negro y del tamaño del de los Neal, parado en la esquina del bulevar de Gambetta. Tenía el motor en marcha. Luego se paró. Me acerqué, pero no veía nada a través de los cristales opacos. Me agaché y casi pegué la frente al parabrisas. En el asiento delantero, una mujer rubia que estaba sentada de lado, con el busto apoyado en el volante, le daba la espalda a un hombre que intentaba pegarse a ella. La mujer parecía resistirse. Ya me estaba alejando cuando apareció una cabeza por la ventanilla abierta, un hombre de pelo negro peinado hacia atrás:

—¿Te interesa, mirón?

Luego una risa estridente de mujer cuyo eco me parecía oír por toda la calle de Caffarelli.

La verja de la pensión Sainte-Anne estaba bloqueada y creí que tampoco conseguiría abrirla nunca. Pero la empujé con todas mis fuerzas, doblándome hacia delante, y acabó por ceder. Por el paseo y por el jardín, a oscuras, tuve que orientarme a tientas hasta la escalera de servicio.

Cuando entré en el cuarto y encendí la lámpara del techo, tuve al principio una sensación reconfortante de tanto como seguía aún viva allí la presencia de Sylvia. Uno de sus vestidos andaba tirado en el respaldo del sillón de cuero, el resto de la ropa estaba colocada en el armario empotrado y, al fondo de este, reconocí su bolsa de viaje. Sus cosas de aseo no se habían movido de la mesita de madera clara, cerca del lavabo. No pude evitar aspirar el aroma de su frasco de perfume.

Me eché en la cama vestido y apagué la luz pensando que podría pensar mejor sin encender luz. Pero la oscuridad y el silencio me envolvían como una mortaja y me parecía que me estaba asfixiando. Poco a poco, sustituyó a lo anterior una sensación de vacío y de desolación. Era insoportable verse solo en la cama. Encendí la lámpara de cabecera y me dije en voz baja que Sylvia no tardaría en reunirse conmigo en la habitación. Sabía que la estaba esperando allí. Así que volví a apagar la lámpara para estar mejor al acecho del chirrido de la verja al abrirse y del ruido de sus pasos en el paseo y por los peldaños de la escalera.

No era ya sino un sonámbulo que iba de la pensión Sainte-Anne a la villa de los Neal. Llamaba mucho rato sin que contestase nadie. El coche del cuerpo diplomático seguía aparcado en el mismo sitio, delante de la verja.

El número de teléfono de los Neal venía en la guía de Alpes-Maritimes con la siguiente mención: «Servicio de la embajada norteamericana bulevar de Cimiez, 50 *bis*». Llamé por teléfono a la embajada norteamericana en París y les pregunté si conocían a un tal Virgil Neal, que vivía en uno de sus edificios, en Niza, en el 50 *bis* del bulevar de Cimiez. Les dije que había desaparecido de un día para otro y que me tenía preocupado. No, nunca habían oído hablar de un tal señor Virgil Neal. La villa Castillo Azul del bulevar de Cimiez era la residencia de los funcionarios de la embajada, pero desde hacía varios meses no vivía nadie en ella. Un cónsul norteamericano iba a instalarse allí dentro de poco. Era a él a quien debía dirigirme.

Yo leía todos los periódicos, sobre todo los de la comarca, e incluso los periódicos italianos. Me miraba a fondo todos los sucesos. Uno de ellos me llamó la atención. La noche de la desaparición de Sylvia, un coche alemán, de marca Opel, negro, con matrícula de París, se salió de la carretera en el lugar conocido como camino de Le
Mont-Gros,
entre Menton y Castellar, y se despeñó al fondo de un barranco. Se incendió y encontraron dentro dos cuerpos completamente carbonizados que no fue posible identificar.

Di un rodeo por el Paseo de los Ingleses y entré en el garaje grande que está inmediatamente antes de la calle de Cronstadt.

Le pregunté a uno de los mecánicos si, por casualidad, tenían un Opel en ese garaje.

—¿Por qué?

—Un capricho…

Se encogió de hombros:

—Allí…, en la esquina…, al fondo del todo…

Sí, era efectivamente un coche igual que el de los Neal.

Quise volver a todos los sitios adonde habíamos ido con los Neal, con la esperanza de dar con una pista, con un hilo conductor, o quizá de verlos entrar con Sylvia, como en esas películas que pasan hacia atrás en la

mesa de montaje para revisar incansablemente los detalles de la misma secuencia. Pero en el momento en que salía del Garac con los dos paquetes de cigarrillos estadounidenses, el celuloide se rompía o había llegado al final de la bobina.

Salvo una noche en el restaurante italiano de la calle de Les Ponchettes donde nos citaron los Neal por primera vez.

Había escogido la mesa que fue la nuestra aquella noche, cerca de la chimenea monumental, y me había sentado en la misma silla. Sí, tenía la esperanza, al volver a los mismos lugares y hacer los mismos gestos, de volver a empalmar por fin unos hilos invisibles.

Les pregunté a la directora del restaurante y a todos y cada uno de los camareros si conocían a Neal. Ese apellido no les decía nada y, sin embargo, Neal había afirmado que era cliente de ese local. Los que estaban cenando hablaban alto y ese barullo me resultaba tan opresivo que no sabía ya por qué había ido allí ni dónde estaba.

Los acontecimientos de mi vida se iban volviendo borrosos poco a poco, hasta llegar a disolverse. Solo quedaba aquel instante, la gente que cenaba, la chimenea monumental, los Guardi falsos colgados en las paredes y el murmullo de las voces… Solo aquel instante. No me atrevía a ponerme de pie e irme del local… En cuanto saliera por la puerta me metería en el vacío…

Entró un hombre barbudo, con una máquina de fotos en bandolera, y, con él, una ráfaga de aire frío de la calle. Salí de repente de mi entumecimiento y reconocí al fotógrafo de chaqueta de terciopelo y cara de pintor bohemio que patrullaba por delante del Palais de la Méditerranée y nos sacó una foto a los Neal, a Sylvia y a mí. Esa foto la seguía llevando en la cartera.

Pasó por todas las mesas preguntando a los clientes si querían «una foto de recuerdo», pero ninguno aceptó. Luego posó los ojos en mí. Pareció titubear, seguramente porque yo estaba solo.

—¿Foto?

—Sí, por favor.

Me apuntó con la máquina y el *flash* me deslumbró.

Estaba esperando a que la foto se secase, sujetándola con los dedos, y me miraba con curiosidad.

—¿Solo en Niza?

—Sí.

—¿Haciendo turismo?

—No exactamente.

Metió la foto en un marquito de cartón y me la alargó.

—Son cincuenta francos.

—¿Quiere beber algo? —le dije.

—Con mucho gusto.

—Yo también fui fotógrafo hace tiempo —le dije.

—¿Ah, sí…?

Se sentó enfrente de mí y dejó la máquina de fotos encima de la mesa.

—Ya me hizo usted una foto en el Paseo de los Ingleses —le dije.

—No me acuerdo de todo el mundo. Este es un sitio de mucho paso, ¿sabe?…

—Ya lo creo, de mucho paso…

—¿Así que usted también era fotógrafo?

—Sí.

—¿De qué género?

—Bah, un poco de todo.

Era la primera vez que podía hablar con alguien. Saqué la foto de la cartera. Empezó por echarle una ojeada distraída. Luego frunció el ceño.

—¿Es uno de sus amigos? —me preguntó, señalando a Neal.

—No exactamente.

—Pues fíjese, conocí a este individuo hace tiempo… Pero llevo años sin verlo… Ni siquiera me di cuenta ese día de que le estaba haciendo una foto… Este es un sitio de tanto paso…

El camarero nos traía dos copas de champán. Hice como que tomaba un sorbo de la mía. Él se echó al coleto el contenido de su copa de un tirón.

—¿Ah, lo conocía? —dije sin grandes esperanzas de que me contestase, de tan acostumbrado como estaba a que las cosas me esquivasen.

—Sí… Vivíamos en el mismo barrio cuando éramos unos críos… Riquier…

—¿Está seguro?

—Por completo.

—¿Y cómo se llamaba?

Creyó que le estaba diciendo una adivinanza.

—Alessandri… Paul Alessandri… ¿He acertado?

No apartaba los ojos de la foto.

—¿Y ahora a qué se dedica Alessandri?

—No lo sé con exactitud —dije—. Apenas si lo conozco.

—La última vez que lo vi era mayoral en Camarga…

Alzó la cabeza y, con un tono entre irónico y solemne, me dijo:

—Trata usted con mala gente, caballero.

—¿Por qué?

—Paul empezó de botones en el Ruhl… Fue cambista en el casino municipal… Y luego barman… Después se fue a París y lo perdí de vista… Ha estado en la cárcel… Si yo estuviera en su lugar, no me fiaría…

Me clavaba los ojillos penetrantes.

—Me gusta poner sobre aviso a los turistas…

—No soy un turista —dije.

—Ah, ya. ¿Vive en Niza?

—No.

—Niza es una ciudad peligrosa —dijo—. A veces se tienen malos encuentros…

—No sabía que se llamase Alessandri —le dije—. Se hacía llamar Neal.

—Ah… ¿Cómo dice que se hacía llamar?

—Neal.

Le deletreé el apellido.

—¡Caramba!… ¿Paul se hace llamar Neal?… Neal… Era un estadounidense que vivía en el bulevar de Cimiez cuando éramos unos críos… Una villa grande… El Castillo Azul… Paul me llevaba a jugar con él al parque de esa villa… nada más acabar la guerra… Era el hijo del jardinero…

Crucé la plaza de Masséna. La policía estaba un poco más allá, pasadas las empalizadas que indicaban el emplazamiento del antiguo casino municipal donde Paul Alessandri había sido «cambista». ¿Qué significaba «cambista»? Paseé arriba y abajo mirando cómo entraban y salían los autocares de la estación de autobuses. De golpe, como si me diera miedo dar marcha atrás, entré en el portal.

Le pregunté al hombre que estaba detrás de un escritorio en el vestíbulo de entrada a qué servicio había que ir para las «desapariciones».

—¿Qué desapariciones?

Me arrepentí en el acto de aquella iniciativa. Me harían preguntas y tendría que responder dando detalles. No se contentarían con respuestas evasivas. Ya estaba oyendo el tecleo monótono de la máquina de escribir.

—La desaparición de una persona —dije.

—Primer piso. Despacho 23.

Preferí subir por las escaleras en vez de coger el ascensor. Fui por un pasillo verde claro en el que se iban sucediendo las puertas con sus números impares: 3, 5, 9, 11, 13… Luego el pasillo torció a la izquierda en ángulo recto. 15, 17, 23. El globo del techo iluminaba la puerta con luz violenta y me hacía guiñar los ojos. Llamé varias veces. Una voz aguda me rogó que entrase.

Un rubio con gafas, bastante joven, apoyaba los brazos cruzados en un escritorio metálico. Junto a él, en una mesita de madera clara, había una máquina de escribir tapada con su funda de plástico negro.

Me indicaba una silla frente a él. Me senté.

—Vengo por una amiga que lleva varios días desaparecida —dije; y mi voz me parecía la voz de otro.

—¿Una amiga?

—Sí. Conocimos a dos personas que nos invitaron a un restaurante y, después de cenar, mi amiga desapareció con ellos en un Opel y…

—¿Su amiga?

Yo había hablado muy deprisa, como si previese que iba a interrumpirme y no dispusiera más que de unos segundos para explicárselo todo.

—Desde entonces, no he sabido nada de ella. Esas personas con quienes nos encontramos decían que

eran los señores Neal y que vivían en una villa del bulevar de Cimiez que pertenece a la embajada norteamericana. Por lo demás, usaban un coche con matrícula del cuerpo diplomático que sigue aparcado delante de la villa…

Me escuchaba con la barbilla en la palma de la mano y yo no podía ya parar de hablar. Llevaba tanto tiempo guardándome todas esas cosas para mí solo, sin tener ocasión de contárselas a alguien…

—El hombre no se llamaba Neal y no era estadounidense, como aseguraba… Se llama Paul Alessandri y es de Niza. Lo he sabido por uno de sus amigos de infancia que es fotógrafo en el Paseo de los Ingleses y nos hizo una foto.

Saqué la foto de la cartera y se la alargué. La cogió con cuidado entre el pulgar y el índice, como el ala de una mariposa muerta, y la colocó encima del escritorio sin mirarla.

—El tal Paul Alessandri es el tercero por la izquierda. Fue botones en el hotel Ruhl… Ha estado en la cárcel.

Con la punta de los dedos, empujó la foto hacia mí. Desdeñaba ese documento. Y Paul Alessandri, aunque hubiera estado en la cárcel, no le interesaba en absoluto.

—Mi amiga llevaba puesta una joya de muchísimo valor…

Todo iba a dar un vuelco a mi existencia. Bastaba con dar unos cuantos detalles más y ahí se acabaría un periodo de mi vida, en ese despacho de la policía. Había llegado el momento —estaba seguro— en que ese hombre iba a quitarle la funda negra a la máquina de escribir y se colocaría esa máquina delante, en su escritorio. Metería una hoja y la haría girar con un chirrido. Luego, alzaría el rostro hacia mí y me diría:

—Lo escucho.

Pero seguía quieto y callado, con la barbilla en la palma de la mano.

—Mi amiga llevaba puesto un diamante de muchísimo valor —repetí con voz más firme.

Seguía callado.

—El tal Paul Alessandri, que se hacía pasar por un estadounidense, se había fijado en esa joya que llevaba mi amiga e incluso me había propuesto comprarla…

Enderezó el busto, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa, en la postura de alguien que quiere concluir una conversación.

—¿Así que era una amiga suya? —me preguntó.

—Sí.

—¿Por lo tanto no lo une a ella ningún lazo de parentesco?

—No.

—Nuestro servicio se llama «Investigaciones en interés de las familias» y esa persona no es de su familia, si he entendido bien…

—No.

—Pues entonces…

Abría los brazos en un ademán de impotencia de suavidad eclesiástica.

—Y, además, ¿sabe?, estoy acostumbrado a ese tipo de desapariciones… En general son fugas… ¿Quién le dice, por ejemplo, que su amiga no quiso marcharse de viaje con esa pareja y que no le mandará noticias suyas dentro de una temporada?

Tuve, pese a todo, fuerza para tartamudear:

—He leído en el periódico que un coche de la marca Opel se ha despeñado por un barranco entre Menton y Castellar…

Se frotaba las manos con aquella misma suavidad eclesiástica.

—Hay muchísimos Opel en la Costa Azul que se despeñan por los barrancos… ¿No pretenderá usted hacer una relación de todos los Opel de Niza y alrededores que se despeñan por los barrancos?

Se puso de pie, me cogió del brazo con presión firme aunque cortés y tiró de mí hasta la puerta de su despacho, que abrió.

—Lo siento… De verdad que no podemos hacer nada por usted…

Me señalaba el cartel de la puerta. Cuando la cerró, me quedé un momento, quieto y atontado, bajo el globo luminoso del pasillo, mirando fijamente las letras azules: «Investigaciones en interés de las familias».

Volví a verme en los jardines de Albert-Ier, con la sensación de que no me quedaba ya ningún recurso. Le guardaba rencor a ese funcionario de policía por no ser nada solícito. Ni por un momento me dio ninguna facilidad, no mostró la menor cortesía profesional. Me había desanimado cuando estaba a punto de decírselo todo. Él se lo perdía. No se trataba de un caso rutinario, como pensaba él. No. Se le había escapado, por su culpa, una ocasión estupenda de que lo ascendieran.

A lo mejor había presentado yo mal las cosas: no era de Sylvia de quien debería haberle hablado, sino de la Cruz del Sur. Comparadas con la larga y sangrienta historia de aquella piedra, ¿qué importancia tenían nuestras vidas, nuestro asuntito personal de nada? Un episodio que se sumaba a los demás y que no iba a ser el último.

Al principio de nuestra estancia en Niza, había descubierto en la librería de la calle de France donde comprábamos novelas policiacas de segunda mano una obra en tres tomos de un tal B. Balmaine: *Diccionario biográfico de las piedras preciosas*. Aquel Balmaine, experto en diamantes en el tribunal de apelación de París, había recopilado en él varios miles de piedras preciosas. Sylvia y yo buscamos la Cruz del Sur.

Balmaine dedicaba unas diez líneas a nuestro diamante. Formaba parte de las joyas que le robaron a la condesa Du Barry en la noche del 10 al 11 de enero de 1791 y vendió luego
Christie's
en pública subasta, en Londres, el 19 de febrero de 1795. Nunca volvió a mencionarse esa piedra hasta octubre de 1917, cuando la robaron de nuevo en casa de una tal Fanny Robert de Tessancourt, en el 8 de la calle de Saigon, en el distrito XVI de París. Detuvieron al culpable, un tal Serge de Lenz, pero Fanny Robert de Tessancourt retiró la denuncia en el acto, afirmando que Lenz era amigo suyo.

La piedra no volvió a «salir a flote» —por usar la expresión de Balmaine— hasta febrero de 1943, fecha en que un tal Jean Terrail se la vendió a un tal Louis Pagnon. Según una ficha judicial posterior, el pago fue en marcos alemanes. Luego, en mayo de 1944, Louis Pagnon le vendió el diamante a un tal Philippe de Bellune, conocido por De Pacheco, nacido en París el 22 de enero de 1918 e hijo de Mario y de Eliane Werry de Hults, sin domicilio conocido.

A la condesa Du Barry la guillotinaron en diciembre de 1793; a Serge de Lenz lo asesinaron en septiembre de 1945; a Louis Pagnon lo fusilaron en diciembre de 1944. Y Philippe de Bellune desapareció, al igual que la Cruz del Sur, antes de que este diamante volviese a aparecer sobre el jersey negro de Sylvia y desapareciera de nuevo. Junto con ella…

Pero, según iba cayendo la noche sobre Niza, acabé por darle la razón a ese funcionario que estaba dispuesto a iniciar investigaciones a condición de que fuera en interés de las familias. Si le hubiese quitado la funda a la máquina de escribir y hubiera empezado el interrogatorio, ¿qué le habría contado que fuera realmente exacto acerca de Sylvia y de todos aquellos acontecimientos recientes de mi vida que hasta a mí me parecían demasiado fragmentarios, demasiado discontinuos para que resultasen comprensibles? Y además no puedo decirlo todo. Me guardo unas cuantas cosas. Me acuerdo muchas veces de aquel cartel antiguo de cine cuyos jirones seguían, en parte, en una empalizada. Ponía: LOS RECUERDOS NO ESTÁN A LA VENTA.

Volví a la pensión Sainte-Anne. Allí, en el silencio de mi habitación, oía un ruido que vuelve muchas veces durante mis insomnios: el de una máquina de escribir. El repiqueteo de las teclas era muy veloz y se iba desgranando poco a poco, como cuando golpeamos el teclado con dos índices que titubean. Y volvía a tener delante a ese funcionario de policía rubio que me hacía preguntas con voz sorda. Y era tan difícil responderle…

Tendría que explicarle todo desde el principio. Pero he ahí la dificultad mayor: no había nada que explicar. Desde el principio aquello no era más que una cuestión de ambiente y de escenario…

Le enseñaría las fotos que hice por entonces a orillas del Marne. Fotos grandes en blanco y negro. Las he conservado y, junto con ellas, cuanto había en la bolsa de viaje de Sylvia. Aquella noche, en el cuarto de la pensión Sainte-Anne, fui a buscar en el fondo del armario empotrado la carpeta de cartón en la que pone: «Playas fluviales».

Llevaba mucho sin ver esas fotos. Las contemplaba en sus mínimos detalles y dejaba que se me metiera dentro otra vez el escenario en que había empezado todo. Una de ellas, de la que ya no me quedaban recuerdos, me causó una mezcla de terror y de fascinación que agudizaban aún más el silencio del cuarto y

mi soledad.

La foto estaba tomada unos días antes de conocer a Sylvia. La terraza de uno de los restaurantes de las orillas del Marne. Mesas con sombrilla. Pontones. Sauces llorones. Intenté recordar: ¿el Vieux Clodoche en Chennevières? ¿El Pavillon Bleu o el Château des Îles Jochem en La Varenne? Me había escondido con mi Leica para que aquel escenario y las personas que había en él se mostrasen tal y como eran al natural.

Una de las mesas del fondo, cerca del pontón, no tenía sombrilla y la ocupaban dos hombres, sentados uno al lado del otro. Charlaban tranquilamente. Uno era Villecourt. Reconocí enseguida al otro: el que se nos había presentado con el apellido Neal y se llamaba en realidad Paul Alessandri. Qué raro era verlo allí, sentado a la orilla del Marne, como si hubiera estado el gusano en la fruta desde el principio.

Sí, conocí a Sylvia Heuraeux, la mujer de Villecourt, una mañana de verano en el Beach de La Varenne. Yo andaba desde hacía unos días por las orillas del Marne para hacer fotos. Un editor modesto había aceptado mi proyecto de un libro que se iba a llamar *Playas fluviales*.

Le había enseñado mi modelo: se trataba de un álbum precioso sobre Montecarlo que había hecho a finales de la década de 1930 un fotógrafo llamado W. Vennemann. Mi libro iba a tener el mismo formato. Igual paginación. Iguales fotos en blanco y negro, la mayoría a contraluz. En vez de la sombra de las palmeras perfilándose sobre el fondo de la bahía de Montecarlo o de las carrocerías oscuras y relucientes de los coches, que contrastaban en la oscuridad de la noche con el resplandor del Sporting
d'Hiver,
se verían los trampolines y los pontones de esas playas del extrarradio. Pero la luz iba a ser la misma. El editor no había acabado de entender mis intenciones.

—¿Por qué cree que La Varenne y Montecarlo son lo mismo? —me dijo.

Pero acabó por hacerme un contrato. La gente siempre se fía de la juventud.

Esa mañana había muy pocas personas en el Beach de La Varenne. Incluso me parece que era ella la única que estaba tomando un baño de sol. Unos niños se tiraban por el tobogán, al borde de la piscina, y siempre que caían al agua azulada se oían sus risas y sus gritos.

Me impresionaron su belleza y sus ademanes indolentes para encender un cigarrillo o dejar junto a ella el vaso de naranjada cuyo contenido tomaba con una pajita. Y se echaba de forma tan armoniosa en el colchón de playa de rayas azules y blancas, con unas gafas de sol tapándole los ojos, que me acordé del comentario de mi editor. Montecarlo y La Varenne no tienen muchos puntos en común, desde luego, pero esa mañana sí veía uno: aquella muchacha que habría sido posible imaginar en la misma postura indolente en el Montecarlo Beach, cuyo ambiente había sabido W. Vennemann sugerir tan bien en sus fotos en blanco y negro. No, no habría desentonado en ese escenario; antes bien, le habría añadido un atractivo más.

Me movía de izquierda a derecha, buscando el mejor ángulo, con la máquina colgando del cuello.

Ella se fijó en mis maniobras.

—¿Es usted fotógrafo?

—Sí.

Se había quitado las gafas de sol y me miraba con sus ojos claros. Los niños se habían ido de la piscina. Ya solo quedábamos nosotros dos.

—¿No tiene demasiado calor?

—No. ¿Por qué?

No me había quitado los zapatos —cosa que estaba prohibida en aquel balneario— y llevaba un jersey de cuello vuelto.

—Estoy harta de sol —dijo ella.

La seguí hasta el otro extremo de la piscina, donde una elevada pared de hiedra proyectaba su sombra y su frescor. Nos sentamos juntos en unos sillones de pino. Se había puesto un albornoz blanco de felpa. Se volvió hacia mí.

—Pero ¿qué es lo que quiere fotografiar aquí?

—El escenario.

Y con un ademán amplio del brazo le indiqué la piscina, el trampolín, el tobogán, las casetas de baño y, más allá, el restaurante al aire libre, su pérgola blanca con columnas naranja, el cielo azul, la pared de hiedra verde oscuro detrás de nosotros…

—Me pregunto si no debería hacer fotos en color… Sería más palpable el ambiente del Beach de La Varenne…

Ella se echó a reír.

—¿Usted cree que aquí hay ambiente?

—Sí.

Me miraba atentamente con sonrisa irónica.

—¿Qué tipo de fotos suele hacer normalmente?

—Estoy preparando un álbum que se llama *Playas fluviales*.

—¿Playas fluviales?

Fruncía el ceño. Me disponía ya a darle las explicaciones que habían dejado perplejo a mi editor: el paralelismo con Montecarlo… Pero no merecía la pena complicar las cosas.

—Intento localizar los balnearios que quedan en la región parisina.

—¿Ha encontrado muchos?

Me alargaba una pitillera de oro que contrastaba con la naturalidad y la sencillez de su aspecto. Y, para mayor sorpresa mía, me encendió ella el cigarrillo.

—He fotografiado todas las playas del Oise…

L'Isle-Adam,

Beaumont, Butry-Plage… Y también las playas y las estaciones balnearias de las orillas del Sena: Villennes, Elisabethville…

Parecían intrigarla esas estaciones balnearias tan cercanas cuya existencia no sospechaba. Esa mirada clara me perforaba…

—Pero, a fin de cuentas, este es el sitio que prefiero… —le dije—. Es por completo el ambiente que buscaba… Creo que voy a hacer muchas fotos en La Varenne y alrededores…

No apartaba la vista de mí, como si quisiera comprobar que no estaba de guasa.

—¿Cree realmente que La Varenne es una estación balnearia?

—Hasta cierto punto… ¿Y usted?

Volvió a echarse a reír, una risa muy despreocupada.

—¿Y qué cree que va a poder fotografiar en La Varenne?

—El Beach… Las orillas del Marne… Los pontones…

—¿Vive en París?

—Sí. Pero he cogido una habitación de hotel aquí. Tengo que quedarme por lo menos quince días para hacer buenas fotos…

Miró la hora en el reloj de pulsera, un reloj masculino con una voluminosa cadena metálica que resaltaba la esbeltez de la muñeca.

—Tengo que estar de vuelta a la hora de comer —dijo—. Voy con retraso.

Se le había olvidado la pitillera de oro en el suelo. Me agaché para recogerla y se la alargué.

—Ah, sí…, sobre todo que no se me olvide esto… Es un regalo de mi marido…

Lo dijo sin ninguna convicción. Fue a cambiarse a una de las casetas de baño, en el otro extremo de la piscina, y al volver llevaba un pareo de flores y un bolso de playa grande en bandolera.

—Qué pareo tan bonito —dije—. Me gustaría mucho hacerle una foto con pareo, aquí, en el Beach, o en uno de los pontones del Marne. Encaja bien en el escenario…

—¿Usted cree? El pareo queda más bien tahitiano…

Sí, tahitiano. Vennemann, en su álbum sobre Montecarlo, había añadido varias fotos de las playas desiertas de Saint-Tropez de la década de 1930. Unas cuantas mujeres con pareo estaban echadas en la arena, entre los bambúes.

—Es más bien tahitiano —dije—, pero cobra encanto aquí, a orillas del Marne.

—¿Así que quiere que le haga de modelo?

—Me gustaría mucho.

Me sonrió. Salimos del Beach de La Varenne y, por la carretera que va siguiendo el curso del Marne, fuimos andando por el centro de la calzada. Ni un coche. Nadie. Todo estaba silencioso y tranquilo bajo el sol y eran suaves todos los colores: el azul del cielo, el verde pálido de los álamos y de los sauces llorones; y el agua del Marne, que solía ser densa y estancada, tan liviana el día aquel que reflejaba las nubes, el cielo y los árboles.

Dejamos atrás el puente de Chennevières y seguimos andando por el centro de la carretera bordeada de plátanos que se llama Paseo de los Ingleses.

Más allá, una canoa se deslizaba por el Marne, una canoa de un color naranja casi rosa. Ella me cogió del brazo y me llevó hasta la acera, del lado del agua, para que la mirásemos pasar.

Me señaló la verja de una villa.

—Vivo aquí… con mi marido…

Pese a todo tuve valor para preguntarle si podíamos volver a vernos.

—Estoy todos los días en la piscina entre las once y la una de la tarde —me dijo.

El Beach de La Varenne estaba tan desierto como la víspera. Ella estaba tomando el sol delante de las casetas blancas y yo seguía buscando el ángulo para fotografiar el balneario. Me habría gustado juntar en la foto el trampolín, las casetas, la terraza con pérgola del restaurante y las orillas del Marne. Pero esas las separaba del Beach la carretera.

—Es una verdadera pena que no construyesen el Beach directamente al borde del Marne —dije.

Pero no me había oído. A lo mejor se había quedado dormida tras el sombrero de paja y las gafas de sol. Me senté a su lado y le puse la mano en el hombro.

—¿Está dormida?

—No.

Se quitó las gafas de sol. Clavaba en mí los ojos claros y me sonreía.

—¿Qué? ¿Ha sacado fotos del Beach?

—Todavía no.

—Trabaja despacio…

Sujetaba el vaso de naranjada con ambas manos, con una pajita entre los labios. Luego me alargó el vaso. Bebí yo también.

—Lo invito a comer en casa —me dijo—. Si no le molesta conocer a mi marido y a mi suegra…

—Es un detalle muy simpático.

—A lo mejor le sirve de inspiración para sus fotos.

—Pero ¿vive todo el año en La Varenne?

—Sí. Todo el año. Con mi marido y mi suegra.

De repente parecía pensativa y resignada.

—¿Su marido trabaja por esta zona?

—No. Mi marido no hace nada.

—¿Y su suegra?

—¿Mi suegra? Manda trotones a correr a Vincennes y a Enghien… ¿Le interesan los caballos?

—No sé gran cosa del asunto.

—Yo tampoco. Pero, si le interesa para sus fotos, a mi suegra seguro que le encanta llevarlo a los hipódromos.

Trotones. Me acordé de W. Vennemann, que había fotografiado para su álbum la salida del Gran Premio de Mónaco y los bólidos vistos desde arriba, a toda velocidad, siguiendo la línea del puerto. Y resulta que me había topado con el equivalente de ese acontecimiento allí, a orillas del Marne: el ambiente que andaba buscando en aquellas playas fluviales, ¿qué podía sugerirlo mejor que unos trotones veloces y sus *sulkies*?

Me agarró del brazo por la carretera desierta, a orillas del agua, pero cuando llegamos a las proximidades de la verja de la casa se apartó de mí.

—¿De verdad que no le fastidia venir a comer? —me preguntó.

—Al contrario.

—Si le parece que es un fastidio, siempre estará a tiempo de decir que tiene trabajo.

Me arropaba con una mirada dulce y extraña que me conmovió. Me daba la impresión de que a partir de ese momento no íbamos a volver a separarnos.

—Les he explicado que era usted fotógrafo y que quería hacer un álbum sobre La Varenne.

Empujó la puerta de la verja. Cruzamos una pradera al borde de la que se alzaba una villa de buen tamaño y de estilo anglonormando con entramado de madera en la fachada. Y llegamos al cuarto de estar, cuyas paredes estaban forradas de madera oscura y donde los sillones y el sofá tenían un tapizado escocés.

Por una de las puertas vidriera entró una mujer con pantalones de playa y vino hacia nosotros con paso ágil. Unos sesenta años, alta, con melena gris de leona.

—Mi suegra —dijo Sylvia—… La señora Villecourt.

—No me llames suegra que me deprimo…

Tenía la voz ronca y un acento levemente arrabalero.

—¿Así que es usted fotógrafo?

—Sí.

Se sentó en el sofá y Sylvia y yo en los sillones. Una bandeja con bebidas nos estaba esperando en el centro de la mesa baja, delante de nosotros.

Apareció un hombre, de andares cansinos y corto de estatura, como un *jockey*. Con aquella chaqueta blanca y aquellos pantalones azul marino habría podido pertenecer a la tripulación de un yate o trabajar en un club náutico.

—Puede servir el aperitivo —dijo la señora Villecourt.

Opté por tomar algo de oporto. Sylvia y la señora Villecourt tomaron *whisky*. El hombre se retiró arrastrando los pies.

—¿Así que quiere hacer un álbum de fotos sobre La Varenne? —me preguntó la señora Villecourt.

—Sí, sobre La Varenne y todas las demás playas fluviales de los alrededores de París.

—La Varenne ha cambiado mucho… Está completamente muerta… Sylvia me ha dicho que necesitaría información acerca de La Varenne para su álbum…

Me volví hacia Sylvia. Me miraba de reojo. De modo que ese era el pretexto que había escogido para llevarme allí.

—Conocí La Varenne de recién casada… Mi marido y yo vivimos en esta casa…

Se puso otro vaso de *whisky*. Llevaba una sortija de esmeraldas en el dedo corazón.

—Por entonces venían por La Varenne muchos artistas de cine… René Dary, Jimmy Gaillard, Préjean… Los Fratellini vivían en Le Perreux… Mi marido los conocía a todos. Iba a apostar a las carreras a Le Tremblay con Jules Berry…

Parecía contenta al citar esos nombres y sacar a relucir recuerdos en mi presencia. ¿Qué le habría dicho Sylvia? ¿Que quería escribir la historia de La Varenne?

—Les resultaba práctico instalarse aquí… Porque quedaban cerca los estudios de Joinville…

Me di cuenta de que, en ese tema, iba a resultar inagotable. Se le arrebolaban las mejillas y le brillaban los ojos. ¿Los efectos del segundo vaso de *whisky*, que se había tomado muy deprisa? ¿O el aflujo de recuerdos?

—Sé una historia muy rara que a lo mejor le resulta interesante.

Me sonreía y se le alisaba el rostro. Le pasaba por los ojos y por la sonrisa un relámpago de juventud. Había debido de ser tiempo atrás una mujer muy guapa.

—Tiene que ver con otro actor de cine a quien mi marido conocía bien… Aimos…, Raymond Aimos… Vivía muy cerca de aquí, en Chennevières… Por lo visto lo mató, durante la liberación de París, en una barricada, una bala perdida…

Sylvia escuchaba con expresión de sorpresa. Al parecer nunca había oído a su suegra hablar así, ni quizá la había visto tan relajada y campechana con un desconocido.

—En realidad, las cosas no sucedieron así ni mucho menos… Es una historia siniestra… Ya se lo explicaré…

Se encogió de hombros.

—¿Usted cree en las balas perdidas?

Un hombre moreno de unos treinta y cinco años, con pantalones azul cielo y camisa blanca, había llegado y se había sentado en el sofá al lado de la señora Villecourt en el preciso instante en que esta se disponía seguramente a revelar el secreto de la muerte de Aimos.

—Veo que están en plena conversación… Interrumpo…

Se inclinó hacia mí y me alargó el brazo.

—Frédéric Villecourt… Encantado… Soy el marido de Sylvia.

Sylvia abrió la boca para presentarme. No le di tiempo a que pronunciase mi apellido y dije sencillamente:

—Encantado yo también…

Villecourt me miraba atentamente. Todo en su porte —cierta soltura, una sonrisa un tanto fatua, una voz metálica y autoritaria— indicaba que era consciente de su encanto de moreno de rasgos regulares. Pero ese encanto tardaba muy poco en disiparse por culpa de sus ademanes sin elegancia enteramente a juego con la esclava de la muñeca.

—Mamá le está contando todas esas historias antiguas… Cuando está lanzada, no hay quien la pare…

—A este joven le interesan —dijo la señora Villecourt—. Escribe un libro sobre La Varenne…

Sylvia agachaba la cabeza con expresión de apuro. Se había puesto una mano en la rodilla y se la frotaba pensativamente con el índice.

—Espero que quede poco para sentarse a la mesa —dijo Frédéric Villecourt—. Tengo un hambre de lobo…

Sylvia me echó una mirada intranquila, como si se arrepintiese de haberme llevado a aquella casa y estarme infligiendo la compañía de esa mujer y de su hijo.

—Vamos a almorzar al aire libre —dijo la señora Villecourt.

—Ha tenido una idea excelente, mamá…

El tratamiento de usted y la entonación afectada me sorprendieron. Eso también hacía juego con la esclava de buen tamaño de la muñeca.

El hombre de la chaqueta blanca esperaba en el hueco de la puerta del salón.

—La señora está servida.

—Ya vamos, Julien —pregonó Villecourt con voz ensordecedora.

—¿Han puesto el dosel? —preguntó la señora Villecourt.

—Sí, señora.

Cruzamos la gran pradera de césped. Sylvia y yo íbamos un poco a la zaga. Me miraba inquisitiva, como si temiese que la dejara plantada.

—Me alegro mucho de que me haya invitado —dije—. Mucho.

Pero no parecía del todo tranquila. A lo mejor tenía miedo a la reacción de su marido, a quien observaba con expresión levemente despectiva.

—Sylvia me ha contado que es usted fotógrafo —dijo Villecourt abriendo la verja del portón y cediéndole el paso a su madre—. Le daré trabajo si quiere…

Me obsequiaba con una amplia sonrisa:

—Un amigo y yo estamos montando un negocio importante… Y necesitaríamos folletos y fotos publicitarias…

Por mucho que hablase con el tono de quien quiere hacerle un favor a un subalterno, yo no apartaba la vista de la esclava que le colgaba de la muñeca. Si el «negocio importante» al que aludía era como aquella pulsera de eslabones anchos y gruesos, ¿de qué podía tratarse sino de traficar con coches norteamericanos?

—No necesita que le busques trabajo —dijo Sylvia, muy seca.

Justo enfrente de la casa, al otro lado de la carretera, a la orilla del agua, Villecourt empujó una valla blanca donde ponía: «Villa Frédéric, Pontón privado 14, Paseo de los Ingleses».

Su madre se volvió hacia mí:

—Tendrá una hermosa vista del Marne… Estoy segura de que va a sacar fotos…

Bajamos unos cuantos peldaños excavados en un suelo de roca que me parecía artificial por el color rojo. Luego llegamos a un pontón muy ancho cubierto con un dosel de lona de rayas verdes y blancas. Estaba puesta una mesa para cuatro.

—Siéntese aquí —me dijo la señora Villecourt.

Y me señalaba el sitio desde el que podía ver el Marne y la otra orilla. Se sentó a mi izquierda y Sylvia y su marido en las dos cabeceras de la mesa, Sylvia de mi lado y Frédéric Villecourt del lado de su madre.

El hombre de la chaqueta blanca hizo dos viajes de la villa al pontón para traernos fuentes de *crudités* y un pescado frío muy grande. Sudaba por el calor. Villecourt le había espetado en todas las idas y venidas:

—Julien, tenga cuidado de que no lo atropellen al cruzar el Paseo de los Ingleses.

Pero Julien no hacía ni caso de ese consejo y se alejaba arrastrando los pies.

Yo miraba a mi alrededor. El dosel nos protegía del sol, cuya luz se reflejaba en el agua verde y estancada del Marne y le ponía transparencias, igual que el otro día, a la salida del Beach. Enfrente, el collado de Chennevières, en cuya base unas casas grandes de piedra moleña asomaban entre la vegetación. Al borde mismo del agua, unas villas modernas y flamantes. Me imaginaba que vivían en ellas comisionistas jubilados del mercado central de Les Halles.

El pontón de la villa Frédéric, en el que estábamos almorzando al amparo del sol, era con mucho el mayor y el más lujoso de los alrededores. Incluso el del restaurante Le Pavillon Bleu, que distaba, a la derecha, unos veinte metros, parecía muy modesto a su lado. Sí, el pontón de la villa Frédéric ofrecía un curioso contraste con aquel paisaje del Marne, aquellos sauces, aquella agua estancada, aquellas orillas para pescadores de caña.

—¿Le gusta la vista? —me preguntó la señora Villecourt.

—Mucho.

Curioso contraste: me parecía que estábamos almorzando en algún enclave de la Cosa Azul trasladado a un suburbio, como esos castillos medievales que algunos millonarios de California mandaron que les enviasen, piedra a piedra, a su país. El suelo de roca que había delante del pontón me recordaba una cala cerca de Cassis. El dosel, por encima, tenía una majestad monegasca y habría podido aparecer en una de las fotos de W. Vennemann. También recordaba al Lido de Venecia. Esa impresión mía fue a más cuando me fijé en una lancha motora que estaba amarrada al pontón.

—¿Es suya? —le pregunté a la señora Villecourt.

—No…, no…, de mi hijo… Este idiota se dedica a usarla en el Marne, pese a que está prohibido.

—No sea mala, mamá.

—De todas formas —dijo Sylvia—, la motora no puede avanzar porque el agua está llena de cieno…

—Te equivocas, Sylvia —dijo Villecourt.

—Es un verdadero pantano… Si quieres hacer esquí acuático, los esquís se pegan al cieno como si fuera mercurio y se queda uno bloqueado en medio del Marne…

Había dicho esa frase con voz cortante, mirando fijamente a Villecourt.

—Estás diciendo tonterías, Sylvia… Se puede perfectamente ir en motora y hacer esquí acuático en el Marne…

Estaba muy mosqueado. Por lo visto, le daba mucha importancia a esa motora. Se volvió hacia mí.

—Prefiere ir a ese Beach de mala muerte que se cae a pedazos…

—De ninguna manera —le dije—. El Beach de La Varenne no se cae a pedazos y a mí me parece que tiene mucho encanto.

—¿En serio?

Nos miraba por turnos a Sylvia y a mí como si quisiera sorprender alguna complicidad entre nosotros.

—Sí, es una tontería esa motora —dijo la señora Villecourt—. Deberías prescindir de ella…

Villecourt no contestaba. Había encendido un cigarrillo. Estaba enfurruñado.

—Bueno, ¿y qué playas fluviales ha encontrado por la zona? —me preguntó la señora Villecourt.

Los reflejos del sol en el agua la hacían guiñar los ojos y se había puesto unas gafas oscuras muy grandes.

—Eso es lo que busca para las fotos, ¿no? Playas fluviales.

El rostro de leona, las gafas oscuras, el *whisky* que tomaba durante la comida podrían haberle dado la apariencia de una americana de veraneo en Eden Roc. Pero había una diferencia entre ella y todos esos accesorios de Costa Azul que nos rodeaban: el suelo de roca, la motora y el pontón con dosel. La señora Villecourt armonizaba con el paisaje de orillas del Marne y se le parecía. ¿Quizá por la voz ronca?

—Sí, busco las playas fluviales —dije.

—Cuando era pequeña, iba a una playa allá por donde cae Chelles… La playa de Gournay-sur-Marne… La llamaban el «Deauville pequeño»… Había arena y casetas de lona…

¿Así que era de por allí?

—Pero eso ya no existe, mamá —dijo Villecourt, encogiéndose de hombros.

—¿Ha ido usted a ver qué hay por allí? —me preguntó la señora Villecourt sin hacerle caso a su hijo.

—Todavía no.

—Yo estoy segura de que sigue existiendo —dijo la señora Villecourt.

—Yo también —dijo Sylvia intrépidamente, sosteniéndole la mirada a su marido.

—También estaba la playa Berretrot en Joinville… —dijo la señora Villecourt.

Cavilaba y se disponía a contar con los dedos.

—Y Duchet, el restaurante de Saint-Maurice Plage… Y también en Saint-Maurice, el banco de arena de la Isla Roja… Y la Isla de los Cuervos.

Con el índice de la mano izquierda iba agarrando, sobre la marcha, uno a uno, los dedos de la mano derecha.

—El hotel restaurante de la playa en Maisons-Alfort… La playa de Champigny, en el muelle de Gallieni… El Palm-Beach y el Lido de Chennevières… Me lo sé todo de memoria… Soy de aquí…

Se quitó un momento las gafas oscuras y me miró con amabilidad.

—Ya ve que tiene mucha tela que cortar… Esto es una auténtica Riviera…

—Pero todos esos sitios ya no existen, mamá —repitió Villecourt con la rabia de alguien a quien no le hacen caso.

—¿Y qué? Una tiene derecho a soñar, ¿no?

Aquella manera tan brusca de contestarle a su hijo me dejó sorprendido.

—Sí, una tiene derecho a soñar —repitió Sylvia con voz clara, pero con una inflexión un tanto lánguida

que entonaba bien con aquellas orillas del Marne y con todas las playas que la señora Villecourt había evocado.

—Podrá ver el diamante mañana mismo, mamá… —dijo Villecourt—. Es verdaderamente excepcional… Sería una estupidez dejar que se escape la ocasión… Se llama la Cruz del Sur.

Con los codos apoyados en la mesa, pretendía resultar cada vez más persuasivo. Pero su madre, con la mirada oculta tras las gafas negras, seguía impasible y daba la impresión de estar mirando fijamente un punto, allá lejos, en el collado verde oscuro de Chennevières.

Sylvia me vigilaba de reojo.

—Se lo enseñaré —dijo Villecourt—. Tiene todo un pedigrí… Es una pieza única.

Aquel muchacho, con su esclava y su motora empantanada en el cieno del Marne, ¿era diamantista o corredor de piedras preciosas? Por mucho que lo observara, no conseguía creer en sus virtudes profesionales.

—El vendedor vino a verme aquí hace más o menos una semana —dijo Villecourt—. Si no nos decidimos enseguida, se nos escapará la ocasión…

—¿Qué quieres que haga yo con un diamante? —dijo la señora Villecourt—. No tengo ya edad para llevar diamantes…

Villecourt se echó a reír. Nos miraba a Sylvia y a mí con cara de ponernos por testigos.

—Pero vamos a ver, mamá, no se trata de llevar un diamante… Basta sencillamente con comprarlo a muy buen precio y volver a venderlo por el doble…

Esta vez, la señora Villecourt se volvió hacia su hijo y se quitó despacio las gafas oscuras.

—Estás diciendo bobadas… Siempre se pierde dinero al volver a vender los muebles y las joyas… Pobrecito mi niño, me temo que no tienes madera de hombre de negocios…

Había adoptado un tono despectivo y afectuoso a la vez.

—¿Verdad, Sylvia, que más le valdría a Frédéric no ocuparse de piedras preciosas? Es un oficio difícil, sabes, cariño…

Villecourt se puso tenso. Le costaba conservar la calma. Desvió incluso la cabeza. Y yo no miraba ya la esclava de la muñeca, sino aquella motora reluciente que había ido a extraviarse en las aguas muertas y densas del Marne por culpa de su conductor.

Me dije que todas las empresas en que quisiera implicarse, todos sus gestos, la mínima iniciativa por su parte, estaban fatalmente abocados a una chapuza parecida. Y era el marido de Sylvia.

Oí a mi espalda un ruido de pasos y un hombre de la misma edad que Villecourt apareció en el pontón. De estatura mediana, llevaba un traje de lino *beige* y zapatos de ante; tenía unos ojillos muy hundidos y una frente tozuda de carnero.

—Mamá, es René Jourdan…

Villecourt había anunciado el recién llegado a su madre con un respeto mezclado con énfasis, como si el tal René Jourdan de los zapatos de ante, la frente de carnero y los ojos vacíos fuera alguna personalidad.

—¿Quién? —preguntó la señora Villecourt sin mover la cabeza un milímetro.

—René Jourdan, mamá.

Este alargaba el brazo hacia la señora Villecourt.

—¿Qué tal, señora?…

Pero ella no le cogía la mano. Con sus gafas oscuras, le oponía una indiferencia de ciega.

Le tendía entonces el brazo a Sylvia, que le estrechaba la mano con muy poca convicción y cara huraña. Luego me saludaba a mí con un movimiento de la cabeza.

—René Jourdan… —me dijo Villecourt—. Un amigo…

Le indicaba la silla vacía que tenía yo delante. El hombre se acomodó.

—Fíjate, René, estaba hablando del diamante. ¿Verdad que es una pieza espléndida?

—Espléndida —dijo el hombre con una sonrisa tan vacía como la mirada.

Villecourt se inclinó hacia su madre.

—El hombre que quiere vender ese diamante es un amigo de René Jourdan.

Lo había dicho como si fuera una referencia, una mención en el Gotha.

—Ya le he dicho a mi hijo que no tenía edad de llevar diamantes.

—Es una lástima, señora. Estoy seguro de que ese diamante la habría entusiasmado… Es una pieza histórica… Tenemos un extenso pedigrí suyo… Se llama la Cruz del Sur.

—Fíese de mí, mamá. Si me da los fondos necesarios, le aseguro que al volver a venderlo podría ganar el doble.

—Mi pobre Frédéric… ¿Y de dónde sale ese diamante? ¿De un robo con allanamiento?

El hombre con frente de carnero soltó una risa agria.

—Claro que no, señora… De una herencia… Mi amigo intenta darle salida porque necesita disponer de liquidez… Dirige una sociedad inmobiliaria en Niza… Le proporcionaré todas las referencias…

—Podemos enseñarle la piedra, mamá… Tiene que verla con sus propios ojos antes de tomar una decisión…

—De acuerdo —dijo la señora Villecourt con voz hastiada—. Enséñenme esa Cruz del Sur…

—¿Mañana, mamá?

—Mañana.

La mujer cabeceaba pensativamente.

—¿Vienes, René? —dijo Villecourt—. Tenemos que ir a ver cómo avanzan las obras…

Se levantó y se me plantó delante.

—A lo mejor le resultaba interesante… Estoy reformando por completo una islita del Marne, cerca de Chennevières… El terreno era de mi madre… Queremos poner allí una piscina y una sala de fiestas… Pero ya se lo dirá Sylvia, puesto que se lo cuenta todo…

De repente se había puesto agresivo. No contesté. Pensar en sus dedos como morcillas en el cuerpo de Sylvia me asqueaba lo bastante para no exponerme a su contacto en el caso de que hubiéramos llegado a las manos.

Bajó la escalera del pontón y el hombre de los zapatos de ante y la frente de carnero fue tras él. Luego se sentaron juntos en la motora y Villecourt con ademanes nerviosos la puso en marcha. La motora se perdió enseguida de vista tras la curva de Chennevières, pero el agua era demasiado densa para que fuera dejando una estela de espuma.

La señora Villecourt se quedó mucho rato callada; luego se volvió hacia Sylvia.

—Cariño, ve a decirle que nos traiga café…

—Ahora mismo…

Sylvia se levantó y, al pasar por detrás de mí, me puso furtivamente ambas manos en los hombros. Por mi parte, me pregunté si volvería o si me dejaría a solas con su suegra el resto del día.

—Igual podíamos sentarnos al sol —me dijo la señora Villecourt.

Nos acomodamos al borde del pontón, en dos sillones grandes de lona azul. Ella no decía nada. Miraba fijamente, tras las gafas oscuras, el agua del Marne. ¿En qué pensaba? ¿En los hijos, que no siempre le dan a uno las satisfacciones que se esperan de ellos?

—¿Y sus fotos de La Varenne? —me preguntó, como si quisiera romper el silencio por cortesía.

—Serán fotos en blanco y negro —le dije.

—Acierta en hacerlas en blanco y negro.

Me sorprendió su tono categórico.

—Y si pudieran ser en negro del todo todavía estarían mejor. Voy a explicarle algo…

Titubeó un momento.

—Todas estas orillas del Marne son sitios tristes… Claro que con sol dan el pego… Menos cuando se las conoce bien… Tienen la negra… Mi marido se mató en un accidente de coche incomprensible a orillas del Marne… Mi hijo nació y se crio aquí y se ha convertido en un golfo… Y yo voy a envejecer sola en este paisaje tan deprimente…

Seguía tranquila mientras me contaba todo eso.

Tenía incluso un tono desenvuelto.

—¿No ve usted las cosas demasiado negras? —le dije.

—En absoluto… Estoy segura de que es usted un chico sensible a los ambientes y que me entiende… Haga sus fotos todo lo negras que pueda…

—Lo intentaré —dije.

—Siempre hay algo negro y crapuloso a orillas del Marne… ¿Sabe con qué dinero se construyeron todas estas villas de La Varenne? Con el dinero que ganaban las chicas de los burdeles… Era el sitio donde iban a retirarse los chulos y las encargadas de los burdeles… Sé de lo que hablo…

Se calló de repente. Parecía estar meditando algo.

—A estas orillas del Marne ha venido siempre muy mala gente… Sobre todo durante la guerra… Ya le

he hablado del pobre Aimos… Mi marido lo quería mucho… Aimos vivía en Chennevières…, murió en las barricadas durante la liberación de París…

Seguía mirando al frente, quizá al collado de Chennevières donde había vivido aquel Aimos.

—Dicen que fue una bala perdida… No es cierto… Era un ajuste de cuentas… Por parte de ciertas personas que venían por Champigny y La Varenne durante la guerra… Las conoció… Sabía cosas de ellas… Oía sus conversaciones en las fondas de por aquí…

Sylvia nos sirvió el café. Luego, la señora Villecourt, como de mala gana, se levantó y me alargó la mano.

—Ha sido un placer conocerlo…

Le dio un beso a Sylvia en la frente.

—Voy a dormir la siesta, cariño…

La acompañé hasta la roca roja donde nacían los peldaños de las escaleras.

—Le agradezco todas las informaciones que me ha proporcionado acerca de las orillas del Marne —le dije.

—Si quiere más detalles, vuelva a verme. Pero estoy segura de que ahora ya ha pillado bien el ambiente… Haga fotos muy negras… Tenebrosas…

Y recalcó las sílabas de «tenebrosas» con el acento de París y alrededores.

—Qué mujer tan peculiar —le dije a Sylvia.

Nos habíamos sentado en los tablones, al borde del pontón, y ella me había apoyado la cabeza en el hombro.

—¿Yo también te parezco una mujer muy peculiar?

Era la primera vez que me tuteaba.

Allí estábamos los dos, en ese pontón, siguiendo con la vista una canoa que se deslizaba por el centro del Marne, la misma del otro día. El agua ya no estaba estancada, sino que le corrían estremecimientos por la superficie.

Esa era la corriente que movía esa canoa y la volvía tan ligera y daba impulso al movimiento prolongado y cadencioso de los remos, la corriente cuyo rumor oíamos bajo el sol.

Poco a poco la penumbra se fue adueñando de mi habitación sin que nos diéramos cuenta. Ella miró el reloj de pulsera.

—Voy a llegar tarde a cenar. Mi suegra y mi marido me deben de estar esperando ya.

Se levantó. Le dio la vuelta a la almohada y apartó la sábana.

—He perdido un pendiente.

Luego se vistió delante de la luna del armario. Se puso el corpiño verde y la falda de lino rojo muy ceñida en la cintura. Se sentó al borde de la cama y se puso las alpargatas.

—A lo mejor vuelvo luego, si juegan una partida de cartas…, o mañana por la mañana…

Cerró la puerta despacio al salir. Me asomé al balcón y acompañé con la vista la silueta liviana y la falda roja en el crepúsculo, siguiendo el muelle de La Varenne.

Me pasaba el día esperándola, echado en la cama de mi habitación. El sol, al colarse por las persianas, dibujaba manchas rubias en las paredes y en su piel. Abajo, delante del hotel, bajo los tres plátanos, los mismos jugadores de petanca seguían con sus partidas hasta muy entrada la noche. Los oíamos hablar alto. Habían colgado de los árboles bombillas eléctricas cuya luz se colaba por las persianas y proyectaba en las paredes, en la oscuridad, rayas aún más claras que las del sol. Sus ojos azules. Su vestido rojo. Su pelo oscuro. Más adelante, mucho más adelante, se apagaron los colores vivos y no volví ya a ver todo eso sino en blanco y negro, como decía la señora Villecourt.

A veces, podía quedarse hasta el día siguiente. Su marido se había ido de viaje de negocios con el hombre de los zapatos de ante, la frente de carnero y los ojos vacíos, y con el otro hombre, el que quería vender el diamante. Sylvia a ese no lo conocía, pero en las conversaciones de Jourdan con su marido sonaba mucho su nombre: un tal Paul.

Una noche, me desperté sobresaltado. Estaban girando el picaporte de la puerta de mi cuarto. Nunca cerraba con llave por si Sylvia encontraba un momento para venir. Entró. Busqué el interruptor a tientas.

—No… No enciendas…

Al principio creí que extendía la mano para protegerse de la luz de la lámpara de cabecera. Pero quería ocultarme la cara. Iba despeinada y le cruzaba la mejilla un tajo sanguinolento.

—Mi marido…

Se desplomó al borde de la cama. Yo no tenía pañuelo para limpiarle las gotas de sangre de la cara.

—Me he peleado con mi marido…

Se había tendido a mi lado. Los dedos como morcillas de Villecourt, la mano corta y gruesa golpeándole la cara… Solo de pensarlo me entraban ganas de vomitar.

—Es la última vez que me peleo con él… Ahora nos vamos.

—¿Irnos?

—Sí, tú y yo. Tengo un coche abajo.

—Pero ¿irnos adónde?

—Mira… Me he llevado el diamante…

Se metía una mano debajo de la blusa y me enseñaba el diamante que una cadena muy fina le sujetaba al cuello.

—Con esto no tendremos problemas de dinero…

Se quitó la cadena del cuello y me la metió en la mano.

—Quédate tú con él.

Lo dejé encima de la mesilla de noche. Ese diamante me daba miedo, igual que el tajo sanguinolento de su mejilla.

—Ahora es nuestro —dijo Sylvia.

—¿De verdad crees que nos lo tenemos que llevar?

Parecía como si no me oyera.

—Jourdan y el otro le pedirán cuentas a mi marido… No lo dejarán en paz hasta que no devuelva este diamante…

Hablaba en voz baja, como si alguien nos estuviera escuchando detrás de la puerta.

—Y nunca podrá devolverlo… Se lo harán pagar caro… Así aprenderá a tener tratos con mala gente…

Había arrimado su cara a la mía y me había dicho la última frase al oído. Y me miró de frente, a los ojos.

—Y seré viuda…

En ese momento nos sacudió una risa nerviosa incontenible. Luego se me arrimó más aún y apagó la lámpara de cabecera.

El coche estaba aparcado delante del hotel, bajo los plátanos, en ese lugar en el que los jugadores seguían interminablemente con la petanca. Pero ya no estaban allí y habían apagado las bombillas eléctricas de los árboles. Sylvia quería conducir. Se sentó al volante, y yo a su lado. Había una maleta torcida en el asiento de atrás.

Por última vez fuimos por el muelle de La Varenne y, en mi recuerdo, el coche va al ralentí. Vi a medias los álamos de la islita, en el centro del Marne, con sus hierbas altas y su armazón con el columpio, a la que íbamos a nado hace tanto tiempo, antes de que el agua estuviera envenenada. Más allá, en la otra orilla, el bulto oscuro del collado de Chennevières. Por última vez fueron desfilando las casitas de piedra moleña, las villas normandas, los chalets, los *bungalows* edificados a principios de siglo con el dinero de las chicas de los burdeles… Y sus jardines, donde han plantado un tilo. El amplio cobertizo del Círculo Deportivo del Marne. La verja y el parque del Château des Îles Jochem…

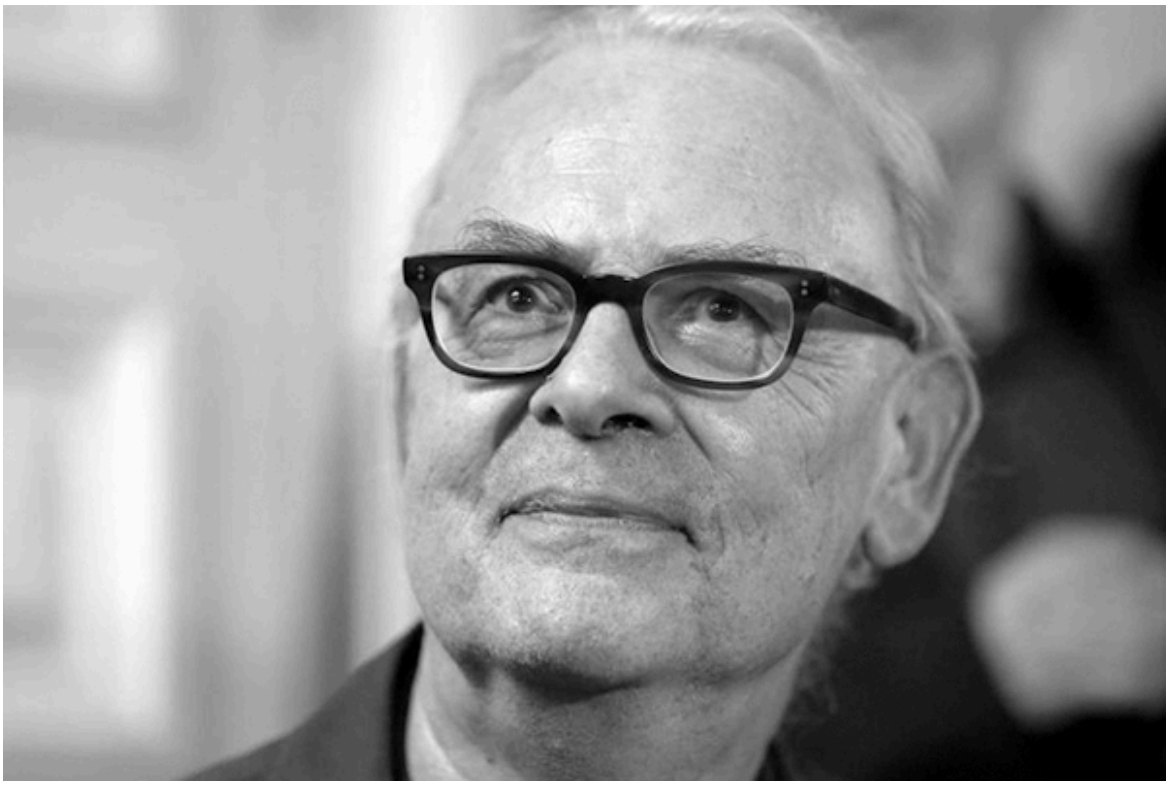
Antes de girar a la derecha, por última vez el Beach de La Varenne, donde empezó todo, su trampolín, sus casetas de baño, su pérgola a la luz de la luna, ese escenario que, en verano, parecía tan mágico en nuestra infancia y que, esta noche, está silencioso y abandonado para siempre.

A partir de ese momento de nuestra vida fue cuando sentimos angustia, una sensación inconcreta de culpabilidad y la certidumbre de que teníamos que huir de algo, sin saber muy bien de qué. Esa huida nos llevó a sitios muy diferentes antes de acabar aquí, en Niza.

Cuando Sylvia estaba echada a mi lado, yo no podía por menos de coger el diamante entre los dedos o mirarlo brillar sobre su piel y decirme que nos traía mala suerte. Otros, antes que nosotros, habían peleado por él; otros, después de nosotros, lo llevarían brevemente al cuello y en el dedo, y cruzaría por los siglos, duro e indiferente al paso del tiempo y a los muertos que iba dejando a la zaga. No. Nuestra angustia no procedía del contacto con esa piedra fría de reflejos azules, sino, seguramente, de la propia vida.

Sin embargo, al principio, inmediatamente después de habernos ido de La Varenne, hubo un breve periodo en que estuvimos en paz y a gusto. En La Baule, durante el mes de agosto. Alquilamos, por mediación de una agencia de la avenida de Les Lilas, una habitación pegada al minigolf. Hasta casi las doce de la noche nos acunaban las voces y las carcajadas de los jugadores. Íbamos a beber algo, sin llamar la atención, en una de las mesas, bajo los pinos, ante la barra con tejado de pizarra verde donde repartían los bastones y las pelotas blancas de golf.

Hacía mucho calor ese verano y estábamos seguros de que aquí no nos encontrarían nunca. Por las tardes, íbamos por el terraplén y localizábamos el punto de la playa en que era más denso el gentío. Entonces bajábamos a esa playa y buscábamos un hueco libre para colocar las toallas. Nunca fuimos tan felices como en aquellos momentos, perdidos entre el gentío que olía a Ambre Solaire. Alrededor de nosotros, los niños hacían castillos de arena y los vendedores ambulantes daban una zancada para pasar por encima de los cuerpos y pregonaban sus helados. Éramos como todo el mundo, nada nos diferenciaba de los demás en aquellos domingos de agosto.



Patrick Modiano (Francia, 30 de julio de 1945). Estudió en la École du Montcel, en Jouy-en-Josas, en el Collège Saint-Joseph de Thônes en Haute-Savoie, y en el Liceo Enrique IV de París. Durante su permanencia en este último centro educativo, recibió clases particulares de Geometría del escritor Raymond Queneau, que era amigo de su madre. Terminó su bachillerato en Annecy, pero no inició estudios superiores.

Su encuentro con Queneau, miembro fundador del Oulipo y autor de Zazie en el metro, fue crucial para su posterior carrera literaria. Publicó su primera novela, El lugar de la estrella, en 1968, tras haber leído su manuscrito por el mismo Queneau, y desde ese momento se dedicó únicamente a la escritura.

Destacado autor de su generación, ha llevado una vida muy independiente y encerrada en su trabajo. Una constante en sus escritos, es la ambientación de sus obras en la época de la ocupación alemana de Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, aunque no vivió esta época.

Sus tres primeras novelas, desde El lugar de la estrella (1968) hasta Los bulevares periféricos (1972), han sido consideradas una especie de trilogía sobre la ocupación. La Place de
l'Étoile,
traducida al español como El lugar de la estrella (donde se pierde, sin embargo, la alusión a la Place de
l'Étoile
parisina), está narrada en primera persona por un judío colaboracionista, Raphaël Schlemilovitch, y mezcla personajes ficticios con otros que existieron realmente, entre ellos los escritores Louis-Ferdinand Céline, Pierre Drieu La Rochelle e incluso Marcel Proust.

Su siguiente novela, La ronda de noche (1969) está narrada por un agente doble que trabaja al mismo tiempo para la Gestapo y la Resistencia. Y en Los bulevares periféricos (1972) introduce el tema de la búsqueda del padre.

En 1975, publicó Villa triste, ambientada a comienzos de la década de 1960, que supone una ruptura con su anterior línea narrativa. La novela sería más tarde llevada al cine por Patrice Leconte (El perfume de Yvonne, 1994). Las tres fueron traducidas al español.

Por otra parte, El libro de familia (1977), pese a su homogeneidad temática, es ahora una colección de quince breves relatos con un fuerte contenido autobiográfico, en el que empieza a desvelar su trama familiar, materna o paterna; esta inmersión en su familia solo la concluirá en 2004, con su libro sobre las aventuras enigmáticas del padre.

En 1978 apareció su sexta novela, Calle de las tiendas oscuras, dedicada por el autor a su padre, quien

acababa de fallecer. La acción se desarrolla a mediados de los años 60. La novela fue galardonada ese mismo año con el prestigioso Premio Goncourt.

En los ochenta publicó regularmente Dimanches
d'août
(1986), Catherine Certitude (1988), Remise de peine (1988) y Vestiaire de
l'enfance
(1989). Más aún lo hizo en la década siguiente, con Voyage de noces, Fleurs de ruine (1991), Un cirque passe (1992), Chien de printemps (1993) y Du plus loin de
l'oubli
(1996). Durante esos últimos años su obra no se vertió al castellano.

Así también, siguió con Dora Bruder (1997), donde investigaba el caso real de una chica de 15 años, desaparecida y enviada a Auschwitz, y con otras obras, como Des inconnues (1999), La petite Bijou (2001), Accident nocturne (2003). Con estas y otras novelas había ido logrando su progresiva consagración. Pero hay que destacar Un pedigree (2004), relato autobiográfico, donde desvela sus orígenes familiares y su propia ambigüedad frente su padre. Tras cierto silencio, llegó En el café de la juventud perdida (2007), que tuvo gran éxito.

L'herbe des nuits, de 2012, es su novela número diecisiete, y su título está tomado de Joseph Boland.

El 9 de octubre de 2014 recibe el Premio Nobel de Literatura.

Actualmente, la gran mayoría de sus obras ya se encuentran traducidas al español.